

Concurso de narrativa breve IGN 2019

Antonio Lobo
Rodrigo Torres
Cris Morano
Adolfo Pérez
Luis Benagulu
María Paz Fanlo
Nicolás Paz
Noel Armas
Maximiliano Sacristán



Concurso
de narrativa
breve IGN
2019

Edición digital

Concurso de narrativa breve IGN 2019

Editado en junio de 2019

Edita

© Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG).

Autores:

Antonio Lobo, Rodrigo Torres, Cris Morano, Adolfo Pérez, Luis Benagulu,
María Paz Fanlo, Nicolás Paz, Noel Armas, Maximiliano Sacristán.

© **Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (IGN)**

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)
(Subdirección General de Geodesia y Cartografía).

Fotografía de portada:

darkworkx (pixabay.com)

NIPO: 162190448

DOI: 10.7419/162.03.2019

Índice

Prólogo	
Antonio F. Rodríguez	5
El cosmógrafo de sueños	
Antonio Lobo	9
Hesperornis y Edmontonia	
Rodrigo Torres	27
Nosotros solo tenemos las casas	
Cris Morano	41
Deus ex Machina	
Adolfo Pérez	57
Oropéndola	
Luis Benagulu	77
Soliloquio de una ruina	
María Paz Fanlo	89
El cartógrafo del agua	
Nicolás Paz	97

Es un volcán

Noel Armas 107

La fotografía

Maximiliano Sacristán 117

Prólogo

Antonio F. Rodríguez

En esta segunda edición del Concurso de Narrativa Breve del IGN, correspondiente al 2109, se han recibido un total de 20 relatos, tres más que el año pasado, acompañados de un título, un seudónimo y un teléfono de contacto, que se han distribuido entre los miembros del jurado identificados únicamente por su título y el seudónimo elegido por el autor, para su valoración anónima.

De los originales recibidos, atendiendo a los prefijos de los números de teléfono de contacto, parece que dos relatos han sido enviados desde Colombia, uno desde Guatemala y uno también desde Uruguay. Finalmente, otro de los autores ha resultado ser argentino.

En esta ocasión, el jurado ha estado compuesto por siete consumados lectores y aficionados a la literatura del Instituto Geográfico Nacional (IGN), el Centro Nacional de Información Geográfica CNIG), otros organismos productores de cartografía oficial y las universidades:

- José Miguel Bel Martínez, Topógrafo jubilado del IGN.
- Francisco García Cepeda, Topógrafo jubilado de la DG del Catastro.
- Cristina Gómez Jiménez, Técnica especialista y funcionaria en activo del CNIG.
- María Olarán Múgica, Cartotecaria de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Ana Domingo Preciado, Profesora de la ETSI en Topografía, Geodesia y Cartografía de la Universidad Politécnica de Madrid.

- Ana Velasco Tirado, Ingeniera Geógrafa del CNIG.
- Antonio F. Rodríguez Pascual, Subdirector adjunto y Presidente del Comité Editorial del CNIG.

El Jurado considera que el «Concurso de Narrativa Breve IGN 2019» ha sido un éxito por el número de relatos recibidos y por la calidad de la mayoría. Buena prueba de ello es que los relatos seleccionados para su publicación son este año nueve, casi el 50 % de los recibidos. Resulta reconfortante comprobar un año más la abundancia de escritores aficionados capaces de redactar correctamente y urdir historias interesantes y sugerentes.

Curiosamente, en esta edición hay varios cuentos que hablan de Astronomía y las estrellas, tema habitualmente muy evocador y apropiado para estimular la imaginación, dos muy relacionados con la sed y el beber agua, quizás debido al cambio climático y sus ya perceptibles consecuencias, dos que mencionan el Estrecho de Gibraltar, no sabemos si será debido a la influencia del *Brexit*, y otros dos de corte claramente histórico. El año pasado, en cambio, había varios relatos que bordeaban el realismo fantástico.

Como resultado de las valoraciones realizadas, el fallo del Jurado es el siguiente:

El relato ganador del Primer Premio del «II Concurso de Narrativa Breve IGN 2019» es el titulado «El cosmógrafo de sueños» de Antonio Lobo, por su calidad literaria, por su lenguaje rico y sugerente, por el hábil desarrollo y disposición de los elementos de la narración y por conjugar literatura e historia de la cartografía en un texto atractivo y perfectamente engranado sobre el conocido mapamundi de Fra Mauro (1459), que delata una profunda afición a la cartografía antigua.

El relato ganador del Accésit del «II Concurso de Narrativa Breve IGN 2019» es el titulado «Hesperornis y Edmontonia» de Rodrigo Torres, de Santiago de Chile, por su originalidad e imaginación, por la profundidad de los temas que trata, relacionados con la posición y papel del ser humano en el universo y por las resonancias existencialistas del desenlace.

La editorial CNIG cumple su compromiso de publicar en formato digital y gratuito los dos relatos ganadores y una selección formada por los otros siete mejor valorados, poniendo a disposición de los usuarios este volumen digital, que esperamos sea del agrado de los lectores.

Solo nos queda agradecer al jurado su compromiso y dedicación, a los participantes su interés, felicitar a los dos ganadores y animaros a todos a participar en el concurso del año que viene. Al fin y al cabo trazar un mapa y redactar un relato son tareas que tienen muchas cosas en común.

Madrid, mayo de 2019
Antonio F. Rodríguez
Presidente del jurado

El cosmógrafo de sueños

Antonio Lobo

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2019»

El cosmógrafo de sueños

Antonio Lobo

I

«...Hay unas pocas rocas cerca de mi ventana. Están dispersas alrededor de la posición del módulo lunar. A unos cincuenta metros puedo ver una que probablemente tenga un metro de ancho. Es la mayor que hay en mi campo de visión. Hay otras, quizá con la mitad de ese tamaño, desperdigadas por la vecindad. No parecen formar un patrón que pueda valorar. Todo es de tonos grises o marrones y cambia según el ángulo del sol. La superficie, bueno, hay numerosos cráteres en lo que me alcanza la vista. Algunos viejos, muy tenues, otros superpuestos por otros que parecen ser relativamente recientes. Por cierto, veo algunas características lineales en la superficie. No creo que sean patrones de erosión. Tendremos que hablar de ello más adelante, cuando salgamos».

Edgar Dean Mitchell dejó abierta la línea de comunicación con Houston, pero se mantuvo en silencio. Había llegado el momento de descender del módulo *Antares* hacia la superficie de la Luna junto al comandante Alan B. Shephard.

El acelerado pulso que sentía por hacer historia al convertirse en el sexto hombre en pisar la superficie de nuestro satélite no le impedía realizar las estrictas comprobaciones necesarias en el equipo y preparar las numerosas pruebas científicas encomendadas a la tripulación del *Apolo XIV*.

El lugar de alunizaje, en la formación *Fra Mauro* y próximo al cráter Cono, presentaba unas peculiares características geológicas. La malograda misión anterior no pudo cumplir su objetivo de tocar suelo, de modo que fue reasignada a la actual dado el interés científico que despertaba en la agencia espacial. El área elegida estaba compuesta principalmente por cerros y crestas de baja altura, numerosos valles ondulados y suavizadas colinas polvorientas. La extracción del disperso material de eyección procedente de las profundidades de la corteza lunar, debido a antiguos impactos o a una supuesta actividad sísmica en el *Mare Imbrium*, permitirían conocer pormenores de la historia geológica del satélite.

Al posar los pies sobre la superficie de la Luna siguiendo los pasos de su comandante, Mitchell sintió un ligero estremecimiento. En parte por el casi imperceptible hundimiento de las botas de caucho de silicona sobre la ligera capa de polvo que cubría la superficie y en parte por ser el preciso instante en el que convertía un sueño en realidad.

Durante décadas había recibido un exhaustivo entrenamiento para ser piloto, astronauta, pionero espacial, estimulado por la sed de sentirse descubridor de nuevas rutas por tierra, mar y aire, y ahora se encontraba en el último bastión inexplorado, el más lejano y arriesgado de cuantos podía haber imaginado.

Con la lentitud que la baja gravedad le permitía, giró sobre su propio cuerpo y mediante pequeños saltitos se alejó varios metros de la protectora sombra del módulo lunar dispuesto a iniciar las tareas encomendadas. Pero antes, se detuvo ante la visión que tenía enfrente. Durante unos valiosos minutos observó los suaves alabeos que las bajas colinas dibujaban a su alrededor, hasta un horizonte recortado bruscamente por efectos de la ausencia de atmósfera. Todo era tan irreal como fascinante, mágico y verdaderamente único. Con los dedos enguantados tocó la esponjosa superficie levantando pequeñas nubes de regolito que se mantuvieron en leve suspensión hasta depositarse de nuevo con lentitud.

El destino a veces tiene estos juegos. El sitio exacto donde había alunizado llevaba el nombre de un casi desconocido personaje histórico que siempre le produjo una irresistible fascinación y que fue, en gran parte, responsable

de su propia pasión por los descubrimientos. Un cartógrafo italiano de cuyo trabajo apenas conocía una réplica de un gran y preciso mapamundi trazado hacía ya demasiados siglos, con los conocimientos extraídos de los apuntes de otros navegantes y exploradores, puesto que nunca abandonó el claustro del monasterio veneciano donde vivió y murió.

Con el dedo índice trazó lentamente unas palabras sobre la superficie de la Luna: *Thanks Fra Mauro*.

Y se alejó para iniciar la recogida de material geológico con el que cumplir parte de su misión.

II

El novicio recogió los faldones de gruesa lana cruda de su hábito para poder añadir alguna ligereza a sus poco activos veinte años. Las rígidas suelas de sus sandalias, resonaban presurosas y arrítmicas, debido a una ligera cojera, por el corredor de naciente del *Chiostro Piccolo*, ladeado por una simétrica hilera de columnas de piedra de Istria que proyectaban alternadamente luz y sombra sobre su rostro lampiño. En medio del claustro, una bandada de palomas que hasta ese momento retozaban calmamente en los charcos formados por la reciente lluvia, desplegó sus alas en sonoro aleteo, poco acostumbradas a tanta agitación en el seno del Convento de *San Michele in Isola*, en la pequeña isla entre Venecia y Murano.

«¡Fray Mauro!, ¡fray Mauro!» –gritó el monje en sordina, por miedo a soliviantar en demasía la paz reinante –.

Encontró a fray Mauro justo en el atrio de acceso a la iglesia, bajo el relieve de san Miguel Arcángel, donde debatía, en bajo tono de voz, con su siempre taciturno y fornido ayudante Andrea Bianco, también cartógrafo y del que se rumoreaba, había sido un combativo marino en la flota veneciana contra el turco e héroe en la defensa de Constantinopla en mil cuatrocientos cincuenta y tres.

Debajo de sus espesas cejas y algo molesto por la interrupción Fray Mauro dirigió una severa y aguileña mirada al exhausto novicio.

«¿Qué ocurre hermano Piero?, ¿Cuál es la razón para tanto desasosiego?» —dijo en perfecto veneciano, idioma que acostumbraba a utilizar en el ámbito eclesiástico.

«Una comitiva de patricios con su excelencia el senador Tomasso Foscari al frente, ha desembarcado y se encuentra en el convento. ¡Ha preguntado con urgencia por el hermano Mauro y no parece que sea cosa bienaventurada!» —acertó a decir de una sola vez casi sin resuello.

Andrea Bianco, normalmente inexpresivo, arqueó las cejas dirigiendo una inquisitiva ojeada a su maestro que, impávido, respondió al joven novicio:

«Gracias hermano por su venturosa noticia. No debemos ser prejuiciosos, pues nada recelamos del senador. No hay motivos para alarma ni para que dirija su ira hacia nuestra humilde existencia». «Decidme hermano, ¿dónde espera su Excelencia?» —Preguntó mientras mesaba su larga y grisácea barba.

«Oh hermano Mauro —dijo el novicio apesadumbrado— Tal y como ordenáis en el caso de recibir visitas, le conduje al *scriptorium*, justo en la sala de la biblioteca... pero Su Excelencia exigió que lo lleváramos directamente a su celda... más exactamente a su taller» —añadió bajando la cabeza con sincero arrepentimiento.

Ahora las miradas del más grande e importante cosmógrafo de su tiempo y la de su ayudante, se cruzaron con evidente alarma... pero el joven novicio no se dio cuenta, pues continuaba mirando avergonzado los rozados bajos del faldón de su hábito.

III

Un delicado aroma a sándalo con toques de lima y rosas de Damasco flotaba en el claroscuro taller de fray Mauro, iluminado por varias lucernas de terracota repartidas por la estancia. Las sombras proyectadas sobre los numerosos manuscritos, mapas, esferas armilares e instrumentos de escribanía esparcidos por mesas y estantes, danzaban en una desordenada e inquietante coreografía.

El perfume no procedía de las lamparillas de aceite sino del ilustre visitante que esperaba en pie, ligeramente inclinado sobre un planisferio circular que, dibujado sobre pergamino, estaba montado sobre un bastidor de madera en una mesa de trabajo.

El senador Foscari no era un personaje apreciado en el monasterio. Lejos de ser un benefactor, era hermano del anterior Dogo de Venecia, Francesco, recientemente depuesto por el Consejo de los Diez, verdadero órgano de gobierno que velaba por la seguridad del Estado Veneciano.

Los Foscari siempre fueron críticos con la orden benedictina de los Camaldulenses a la que la congregación de fray Mauro pertenecía y de la que sospechaban actividades subversivas ya que la orden fue fundada siglos atrás en Camaldoli, pequeña villa toscana que pertenecía al ducado de Florencia, antiguo aliado de Venecia en la guerra contra el Milanesado de los Visconti. Con el abandono de la alianza por decisión del destituido Francesco Foscari, Florencia fue fácilmente derrotada por Milán y desde entonces Venecia fue considerada como una nación traidora.

A pesar del lema *Domini in Terra firma*, la verdadera fuente de riqueza y poder de Venecia provenía del mar, por lo que la elaboración de planisferios y cartas de navegación era considerado un asunto de Estado, demasiado trascendente y secreto como para dejarlo en manos de un florentino como Fray Mauro.

La breve comitiva del senador, formada por jóvenes patricios que ansiaban un puesto de poder en la República, se mantenía discreta a un lado de la habitación. Iban vestidos con las clásicas camisas amplias, fruncidas en el escote y puños, calzas ajustadas, túnicas y un jubón sobrepuesto, que indicaba cuál era su jerarquía puesto que en esa época, el traje señalaba el rango social y, por ello, las autoridades fijaron por decreto quiénes podían usar prendas de costo elevado.

Por su lado, el senador Foscari, no escatimaba en el uso de toda clase de tejidos exclusivos en su indumentaria: suntuosas sedas escarlatas bordadas en oro, terciopelos púrpuras, preciados brocados sicilianos con aplicaciones de perlas, camisa de diseño adamascado sujeta por un cinturón claveteado en oro que dejaba un leve faldellín por debajo, calzas hechas al sesgo con ligas

de oro y pequeñas joyas, todo ello cubierto por una capa flotante con adornos de armiño y zorro plateado.

Sin dirigir la mirada a los recién llegados, Tomasso Foscarri señaló indolente el planisferio con su perfumado guantelete de tafetán y preguntó, con un tono que denotaba suspicacia:

«¿Qué significa este mapa, este dibujo y estos garabatos?».

Pacientemente fray Mauro se acercó a la mesa y luego de una cortés reverencia debida al rango de la visita, explicó con voz grave que se trataba de los continentes y de las tierras del mundo, de los montes, ríos, mares y ciudades.

«Como sin duda recordaréis, Excelencia, se trata del encargo que, a muy alto precio, hizo el rey de Portugal, Don Alfonso V, a nuestro ilustrísimo Príncipe y cuya elaboración fue delegada a este humilde servidor de Dios y de Su Excelencia» —añadió con una leve inflexión de la cabeza.

El senador, pensativo, se acercó a una ventana y contemplando los vaivenes de un viejo olmo al viento, susurró:

«Decidme fray Mauro, vos no sois viajado, ni experimentado en mares extraños. Sois un eremita que nunca vio tierra ignota más allá de las paredes de este monasterio y las orillas de esta isla».

«Así es, Excelencia» —respondió el fraile.

«En ese caso, ¿de dónde obtenéis la información para vuestros garabatos, qué portentoso oráculo os ilumina y cómo sabemos que son cartas de marear fiables para nuestros intereses?». Andrea Bianco que hasta ese momento estaba discretamente semioculto en las sombras, cambió de postura, lo que, para un observador avezado, habría sido una señal de cierta... incomodidad.

«Excelencia, desde que el hombre se hizo a la mar, los mapas han sido labor indispensable de unos pocos expertos en navegación, cosmografía e interpretación de la posición de los astros», y prosiguió:

«Como podéis ver aquí» —dijo acercándose al mapa e indicando un amplio cuadrante, sin que el senador se molestase en cambiar de posición— «no sigo los dictámenes del gran Ptolomeo y su cosmografía, que son las bases de todas las ciencias, ya que de haber observado sus meridianos, paralelos y grados, dejaría fuera del mapa muchas provincias no mencionadas en su tratado ya que en sus tiempos era considerada Terra Incognita».

Luego añadiendo: «La precisión en el trazado de las costas del continente africano no se debe a los mapas portugueses que hasta donde sabemos no han pasado del paralelo doce, sino a los mapas que los súbditos del emperador de Catay trazaron cerca del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos veinte, en una expedición de zonchos o juncos de India como le llaman a sus barcos. Ellos atravesaron el mar de India, describieron la Isla de Hombres y Mujeres, así como el Cabo de Diab y el Mar de la Obscuridad desde donde llegaron, no sin grandes penalidades, a las Islas Verdes».

El Senador parecía incomodado por el despliegue técnico de fray Mauro, pues comenzó a agitar el guantelete con las manos cruzadas a la espalda.

Pero fray Mauro continuó las explicaciones:

«Como sabéis, las escuadras de barcos llamados juncos que navegan por estos mares disponen de cuatro y más mástiles, ciertos de los cuales pueden ser izados o plegados para mejor aprovechar los vientos, disponen de más de cuarenta cabinas para mercaderes y un solo timón. Pueden navegar sin brújula ya que llevan un astrólogo que, en cubierta y usando un astrolabio, da las indicaciones al navegante».

Con tono jocoso, el senador preguntó:

«¿Queréis decir entonces, que vuestros mapas de la Santa Cristiandad, están basados en dudosas fuentes infieles?».

Fray Mauro recogió las manos en un gesto rogativo para responder:

«Excelencia, la cosmografía no necesariamente entiende de credos, pero para nuestra tranquilidad y la de todo el orbe cristiano, fue nuestro compatriota Niccolo da Conti, quien me transmitió personalmente y dio fe como verdadera

de tan preciada información, pues por fortuna se encontraba en Calicut cuando pasó a formar parte de aquella expedición... de infieles».

El Senador se volvió repentinamente en su posición y apoyando las dos manos sobre la mesa, le espetó con vehemencia a fray Mauro:

«No me negará fray Mauro, que, según tengo entendido, sus fiables fuentes le han hecho desplazar a Jerusalén y a toda Tierra Santa del centro del Universo. ¿Cree que Su Santidad aprobará semejante y herético atrevimiento? y ¿cómo cree que eso afectará a las relaciones entre nuestra Serenísima República y los Estados Vaticanos?».

Nuevamente un ligero rumor de incómoda impaciencia, se dejó oír desde la penumbra.

«Excelencia, Jerusalén es ciertamente el centro del mundo habitado por su latitud, pero longitudinalmente se encuentra algo al oeste, si consideramos el desplazamiento al que nos vemos obligados al añadir las nuevas tierras descritas, africanas y asiáticas, a las ya existentes de Europa.»

El noble comenzó a caminar alrededor de la mesa, sin perder de vista el planisferio.

«Decís que vuestras fuentes trazan con acertada precisión las costas africanas y las del Mar Oscuro, pero nada decís de cómo os ilumináis para conocer las costas, montes y ríos de Asia, la Isla de Cipango y estos archipiélagos que nunca alma cristiana ha hollado ni descrito. Decidme fraile, ¿No es desconocido para vos que en la corte se sospecha que manejáis información privilegiada con la que trazáis los mapas en función de intereses ajenos a los de Venecia?». —añadió dando un amplio giro con los brazos abiertos para señalar los estantes repletos de papiros, manuscritos y códices— «¿Nos ocultáis rutas comerciales y la ofrecéis a nuestros rivales o enemigos?».

«Excelencia, las fuentes que manejo, son vuestras, del Serenísimo Príncipe y del Consejo de los Diez». El fraile se dirigió a uno de los estantes de dónde sacó varios pergaminos y desplegándolos sobre la mesa añadió:

«Esta es una copia mejorada del mapamundi que el joven Marco Polo trazó de las costas de Catay, que, a su vez, está basado en mapas que los propios habitantes de la zona habían trazado siglos atrás. Este otro es el mapamundi de nuestro compatriota Albertino de Virga, que ya en el año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos quince incluía descripciones detalladas de las ciudades de Samarcanda, parte del imperio del Gran Khan, el reino de Uzbekistán y pequeñas islas llamadas de Sumatra. Además las tablas de fases lunares y posición astral nos permiten calcular las fechas importantes, como la de la Santa Pascua. Estos códices fueron arrebatados al turco, en el sitio de Dalmacia y es un esmerado trabajo de los mejores cartógrafos mallorquines y turcos...»

El Senador observaba con altivo silencio y cierto aire de incredulidad, que a los ojos imperturbables del marinero Andrea Bianco, más le parecía un aire de absoluta ignorancia sobre el tema.

«...El mapamundi de Kangnido», —proseguía Fray Mauro, entregado ahora a un despliegue de sus propias anotaciones—, «confeccionado por el Maestro Gim Sa Hyeong que describe gracias a las exploraciones del almirante Zheng He los reinos de Sogdiana, Ferghana y Shih... Los restos de los planisferios de Li-Tse-Min y Ch'ng Chung, sin los cuales no hubiésemos podido....»

«¡Basta!» —Dijo secamente el noble poniendo una mano sobre la mesa— «Su jerga de nombres infieles es un insulto para mis oídos. Sólo considerad que os vigilamos fraile y si este mapa, por muy generosamente que el rey de Portugal haya pagado, describe elementos que perjudiquen a los intereses comerciales de nuestra República, yo mismo me encargaré de que sus días como cartógrafo de garabatos terminen desterrados muy lejos de nuestras fronteras».

Fray Mauro se irguió lentamente y clavando una afilada mirada sobre el noble, dijo en el tono más melifluido que le fue posible:

«Excelencia, la elaboración de planisferios es un trabajo acumulativo con aportaciones de decenas de viajeros y exploradores que nos permite acotar, fidedignamente, ciudades, territorios y continentes y cuyo fin último es la creación de un preciado tesoro pues muestran caminos y rutas comerciales, puntos militares estratégicos, delimitan fronteras, identifican lugares y posesiones. Son documentos de difícil y laboriosa confección» —añadió, sin

mover un músculo del rostro— «Que otorgan un gran poder a sus propietarios. Pero lo más importante es que de un buen mapa depende el éxito de un viaje o el triunfo en una batalla, y esto nos asigna responsabilidades sobre la vida o la muerte de personas, o sobre el logro de fortunas o de ruinas. Si tenéis dudas sobre nuestra honestidad» —dijo señalando al marinero Bianco— «Es hora de que lo comunicuéis al príncipe y también al rey de Portugal, puesto que es el legítimo dueño del planisferio. Nosotros, no vamos a traicionar a Venecia. Pero tampoco traicionaremos nuestros principios metodológicos».

Después de unos segundos de silenciosa tensión en los que fray Mauro desafiaba abiertamente con sus aguileños ojos toda la grandeza y linaje aristocrático del senador, éste se incorporó y lentamente comenzó a calzarse el guantelete.

«Cuán grande es el mundo, Fray Mauro...», —dijo mientras arrancaba con un gesto distraído una hermosa perla de su manto— «Y según su ciencia, es esférico como esta perla...»

Fray Mauro bajó la mirada condescendiente y juntando de nuevo las manos añadió: «Disponemos, Excelencia, de diversas informaciones sobre su hipotética esfericidad. Según observaciones y estudios de Eratóstenes, posteriormente comprobados considerando determinadas mediciones astronómicas por Posidonio y adoptados por el gran Ptolomeo, el orbe tiene unas dimensiones perfectamente esféricas y posee aún ignotos territorios y mares por explorar, pero su veracidad aún no ha podido ser verificada. No obstante, Excelencia, poseemos serias evidencias de que la última expedición que el almirante Zheng He inició en el año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos veintiuno llegó a tan lejanas y frías tierras que yo me inclino a pensar sobre la autenticidad de...»

«Decidme fraile, ¿Dónde se encuentra Venecia?» Interrumpió el senador saboreando cada sílaba, levantando su pequeña y enguantada mano para silenciar al fraile y dedicando una mirada de soslayo al planisferio.

«Venecia está aquí... sobradamente representada» replicó pausadamente el fraile indicando a la vez un punto preciso en el mapa. Indignado, el noble dirigió una feroz mirada hacia el fraile y dijo:

«¡Haced el mundo más pequeño y Venecia más grande!».

Y dicho esto, dio un golpe seco sobre el mapa, situando la perla en el sitio exacto que el fraile le había indicado y se marchó apresurado con su séquito.

IV

El estilizado y espléndido bergantín se alejaba lentamente con el ritmo acompasado de sus veinticuatro remos que rasgaban al unísono las aguas del canal que separa la pequeña isla de *San Michele* del *Cannaregio*, al nordeste de la ciudad, donde fondean las flotas procedentes de la ruta de las especias. Orgulloso, el enorme y cuadrangular estandarte escarlata y oro con el león alado de san Marcos, ondeaba enérgicamente, pues arreciaban los vientos con ímpetu, amenazando temporal.

Al final de la tarde y terminado el Oficio de Vísperas, fray Mauro se dirigió al *Refectorium* donde, en silencio, compartiría con sus hermanos de congregación una frugal cena acompañado apenas de una sagrada lectura y de los lejanos truenos que, amplificadas por los altos muros del monasterio, hacían presagiar una tempestuosa noche.

Portando un plato con verduras y tiras de cordero cocidas, normalmente reservadas para los monjes enfermos, media libra de pan y un jarro de vino aguado, fray Mauro se dirigió a través del solitario claustro a su taller, donde Andrea Bianco, inclinado sobre el planisferio, marcaba cuidadosamente unos puntos de latitud en un segmento aun sin terminar.

Fray Mauro estaba excusado por el padre Abad de asistir al último oficio del día, las Completas, pues éste había dado prioridad al trabajo del cosmógrafo sobre el mapa, cuya conclusión urgía pues buena parte del precio pagado por el rey de Portugal, iría a parar a las arcas del monasterio. Las obras iniciadas meses atrás en la torre del campanario, de bella traza gótico bizantina, con base cuadrangular y remate octogonal, estaban temporalmente suspendidas hasta recibir los fondos necesarios para concluir las decoraciones en mármol y piedra de Istria y, sobre todo, costear la fundición de las onerosas campanas de bronce.

Las estrofas finales del *Vexilla Regis Prodeunt* interpretado por los monjes desde la iglesia de la abadía, acompañaban la cena del cosmógrafo marinero mientras fray Mauro continuaba con las precisas marcaciones.

Andrea, tras saborear un largo trago del vino monacal, preguntó al fraile:

«Maestro, ¿creéis por ventura que sea juicioso realizar la invocación esta noche? Los perfumados pasos de su excelencia el senador aún resuenan en los corredores».

Esbozando una ligera sonrisa, el viejo fraile alegó:

«Hermano Andrea, Nuestro Señor ha resuelto, para su mayor gloria, poner en nuestras humildes manos una herramienta, tan singular como pavorosa, confiándonos la difícil encomienda de que su uso esté de acuerdo con los preceptos cristianos y limitado a fortalecer su Reino frente a la horda devastadora de infames criaturas del averno. Si el Padre Todopoderoso nos permite entrever las líneas con las que Luzbel y sus abyectos seguidores se desplazan por nuestro mundo, es porque quiere que así sea y, de este modo lo usemos para provecho de toda la Cristiandad». Y añadió: «En cuanto al senador, nada debéis temer, pues sus poco claras actividades comerciales, han llegado a oídos del Consejo de los Diez y pronto será despojado de todo poder y enviado junto a su destituido hermano».

Un lejano resonar de campanas transportado desde la ciudad por las caprichosas ráfagas de viento, llegó hasta sus oídos.

«Amigo Andrea, creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Aún tenemos este amplio segmento del mapa por cubrir» —dijo fray Mauro— y se dirigió a un apartado y oscuro rincón del taller donde un antiguo capitel corintio acumulaba polvo desde hacía décadas.

El fraile retirándolo cuidadosamente, descubrió una trampilla disimulada en el pavimento de donde extrajo un cilindro de marfil, perfectamente sellado, y sutilmente decorado con fluidas líneas entrelazadas geométricamente, que hacían recordar los arabescos bizantinos.

Envuelto el cilindro en un paño de seda negra e iluminados por sendas lucernas, ambos cosmógrafos se dirigieron presurosos por entre los solitarios vestíbulos y atrios del monasterio hacia la torre del campanario en construcción desde donde iniciaron el ascenso por una inclinada rampa hacia la planta superior.

Con las ropas arremolinadas por el fuerte viento, fray Mauro extrajo cuidadosamente del tubo un viejo pergamino desenrollándolo con la ayuda de dos pasadores de hueso donde los extremos del documento se fijaban.

Una vez abierto se lo cedió a Andrea Bianco que, con las dos manos, lo sostenía frente al fraile que había extendido los brazos y volviendo las palmas de sus manos hacia el cielo, inició la lectura de los extraños símbolos que contenía, en forma de misteriosa letanía.

Ni siquiera el avezado mariner y ayudante era capaz de entender una sola sílaba de lo que el monje musitaba sin descanso, pues ni el viento que soplaba le permitía oír, ni el idioma que fray Mauro utilizaba le resultaba conocido... pero en realidad, es más probable que ni siquiera quisiera hacer el esfuerzo por entenderlo.

En el cielo, iluminadas intermitentemente por los rayos que descargaban su furia sobre la pequeña isla, las nubes se iban agrupando, desmembrando, para volver a arracimarse entre sí en una frenética danza macabra, formando extrañas figuras, ora fantasmagóricamente reconocibles, ora irreales y monstruosas. Una enorme luna que, aun siendo ocultada por las inquietas nubes, observaba la escena como complaciente testigo.

Terminada la extraña invocación, maestro y ayudante observaron atentamente la configuración que las nubes estaban tomando conforme su vertiginoso enredo se iba frenando con lentitud hasta configurar un difuso dibujo celestial que evocaba, apenas para quien supiera leerlo, fronteras, montes, ríos, penínsulas, valles y mares ignotos.

Sacando sus instrumentos de escribanía, tomaron apresuradas notas y esbozos de lo que veían sin intercambiar una sola palabra durante los breves

momentos que duró la calma. Poco a poco, los fluidos de que están hechas las nubes y los vientos fueron cobrando nuevamente movimiento para deshacer en pocos segundos todo lo que ambos geógrafos habían podido observar.

V

Durante años, las crónicas intentaron justificar que la ciencia de fray Mauro provenía de las informaciones recibidas por viajeros y exploradores, pero una leyenda se fue forjando con el tiempo y circula aún hoy en día entre los habitantes de Venecia que, legos en cuestiones de cosmografía, podían ver cómo ciertas tempestades se formaban caprichosamente apenas sobre la isla de *San Michele*.

La leyenda dice que los extraordinarios conocimientos del monje provenían de los sueños... pero no de los suyos propios, sino de los del Diablo.

El fraile por algunas artes desconocidas, tenía la extraordinaria facultad de concentrar encima de la isla los sueños de Lucifer y de proyectarlos sobre las nubes cuando el cielo estaba muy cubierto.

A lo largo de la historia y a través de leyendas cristianas, era sabido que las creaciones del diablo escapan con frecuencia al control del propio autor, dejando sombríos accesos a los planes y deseos de control del maligno sobre la humanidad. Sólo había que saber cómo abrir esas siniestras puertas e interpretar lo que se vislumbraba.

Así también ocurrió con sus sueños. Durante las noches medievales y para gran espanto de los mortales, éstos tenían la capacidad de azotar los cielos, removiendo nubes y vientos señalando de éste modo la senda del *sabbat* a gran número de clanes brujescos y toda estirpe de espíritus malignos de modo que se concentrasen en cualquier parte del mundo conocido y celebrar sus aquelarres, ceremonias mágicas y de encantamientos para mayor sufrimiento y zozobra de la humanidad.

Fray Mauro descubrió cómo frenar los sueños liberados por Lucifer, interpretándolos y recogéndolos en sus mapas, tras leerlos en las nubes,

durante las borrascas que precedían a los temporales y así conocer por su intermedio los límites del mundo que en esos tiempos eran casi desconocidos.

Los abruptos relieves y finos contornos, los encendidos colores y la exactitud del trazado de sus planisferios eran pues, el reflejo de las arremolinadas alucinaciones oníricas de Lucifer... que visionaba el viejo fraile.

Hesperornis y Edmontonia

Rodrigo Torres

Relato ganador del Accésit del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2019»

Hesperornis y Edmontonía

Rodrigo Torres

*«A veces creo que hay vida en otros planetas,
y a veces creo que no.
En cualquiera de los dos casos
la conclusión es asombrosa».*

Palabras atribuidas a Carl Sagan.

«There's a starman waiting in the sky...»

David Bowie

Desde niño, Johan soñaba despierto mirando las estrellas por la noche. Viajaba de una a otra con su imaginación, alimentada por los libros que le regalaba su padre y por aquellas pinturas y grabados de las enciclopedias antiguas de Editorial Salvat. El fresco de Del Cossa, donde aparecía el mes de abril representado por un ser endemoniado sosteniendo un dragón en una mano, le hacía pensar en que quizás, allá, muy arriba, ese ser espiaba la Tierra desde alguna estrella. Eso le atemorizaba pero le entretenía a la vez.

Aquel otro, donde se mostraba a Agamenón sacrificando a su hija Ifigenia, le fascinaba por un detalle: un hombre flotaba en el aire sosteniéndose de los cuernos de un ciervo mientras la diosa Artemisa le observaba desde una nube.

Así, el cielo para Johan estaba colmado de vida con humanos, animales y seres de distinto tipo que iban y venían pero que lo desesperaban por no verles descender hasta la Tierra.

Tantos mundos allá afuera, le decía a su padre, y yo aquí, encerrado en el liceo, en mi casa, en este planeta tan pequeño. Entonces su padre reía y le daba palmadas en la espalda. La humanidad está condenada a vivir en su metro cuadrado, le contestaba el hombre, y es ahí donde podemos crear nuestros universos personales. Pero papá, reclamaba Johan, ¡Cuánta vida habrá allá y nosotros preocupados de cosas tan tontas! El padre le dirigía una mirada comprensiva y se encogía de hombros. Así es la vida, respondía.

El tío de Johan era biólogo marino y muchas veces llevó al niño a sus expediciones para que conociera los misterios del océano. Fue con él con quien Johan aprendió a nadar y con posterioridad, a bucear. Un día, uno de los hombres con quienes buceaban tuvo un accidente en su equipo lo que hizo que le faltara oxígeno. Con rapidez hubieron de volver a la embarcación. Con ello, Johan comprendió que había límites en el mar y que no debían sobrepasarse.

¿Pero qué hay más allá?, le preguntaba a su tío. Allá, le respondía este, está el fondo abisal, donde no existe la luz y no hay vegetación. Por eso solo hay criaturas carnívoras. Mientras más profundidad existe, menos criaturas hay... Eso al menos es lo que dicen los estudios actuales. A más de once mil metros de profundidad puede que haya seres que jamás hayamos visto... Ni veamos nunca. Johan observaba desde el barco las aguas y se mostraba reacio ante aquella respuesta pesimista. Yo quiero conocerlos, contestó el joven. ¿En serio?, decía su tío, son seres horribles. La víbora del mar y el Photostomias son verdaderos extraterrestres. Ni hablar del Melanocetus, ante ese pez una piraña de cualquier género queda como lo más inofensivo del mundo. Cada criatura de allá abajo hace parecer al océano abisal como un universo distinto al nuestro en la superficie. Johan abría la boca, asombrado. ¿Tú dices que es como el espacio?, preguntaba con ansiedad. Sí, sobrino, de hecho a veces me pregunto si acaso el mar es tan infinito como el espacio exterior. ¿Y vivirán seres como los del fondo marino?, preguntaba el joven. Entonces el tío reía y le indicaba con el brazo un pelícano que en la línea del horizonte luchaba con algún pez misterioso que daba batalla por no ser cazado. Puede ser, Johan, contestaba su tío, puede ser que habiten otros animales y quién sabe qué más.

Lo mío es estudiar el mar, no las otras galaxias, pero quizás haya algo más ahí arriba.

Fue así como el bestiario cósmico de Johan aunó una mayor cantidad de imágenes vividas dotando al universo exterior de un alma propia. Para él, mirar hacia arriba era ver una pecera con animales siempre en movimiento, flotando entre algas y arena en forma de estrellas.

El joven creció con la mirada puesta en el cielo y fue así como, sin mucho darle vueltas al asunto, se decidió por estudiar astronomía. Además, tocó a su generación ser testigo de uno de los más asombrosos descubrimientos astronómicos de los últimos siglos: una serie de exoplanetas, con órbitas irregulares, desafiaban toda teoría antes expuesta por connotados científicos. Uno de estos descubrimientos se hallaba en la Constelación de Parandrus, en un curioso sistema solar al que se le dio el nombre de Eale. Dentro de este, giraban alrededor del sol veinte planetas y tres planetoides.

Los científicos, con sus aparatos aún más sofisticados y probados, luego de cientos de intentos por crear máquinas que soportaran una velocidad capaz de competir con la de los fotones gravitacionales, enviaron una sonda a la cual nombraron como *Futuro*. No solo la comunidad científica y los estudiosos del espacio exterior celebraron el feliz arribo de la sonda a aquel sistema exoplanetario, sino que también todos los habitantes de la Tierra estaban interesados en esa hazaña. La sonda, antes de que se descargase su energía, logró visitar dos exoplanetas, cuyas fotografías llegaron a circular estampadas en las camisetas de la gente joven, compitiendo codo a codo con la ropa de bandas musicales.

Aquellos dos exoplanetas fueron bautizados como Hesperornis y Edmontonia, y en un arranque de optimismo de la comunidad científica de aquel entonces, fueron tomados como la esperanza manifiesta de la vida en otros planetas.

«No hay lugar a dudas de que gracias a las fotografías y las muestras minerales y líquidas tomadas por Futuro, podemos decir con certeza que es muy probable que en aquellos exoplanetas la vida se manifieste de forma explícita. No queda más que esperar el día en que podamos enviar una misión tripulada

con nuestros mejores hombres y mujeres para poder comprobar esa maravilla. De ser así, se confirmaría lo que muchos estudiosos han dicho hace años: más allá del Cinturón de Kuiper hay exoplanetas que albergan secretos que al ser revelados, cambiarán el curso de la humanidad y su comprensión del cosmos y el origen de la vida» dijo ante las cámaras Lord Lederman desde la Universidad de Dakota del Norte. Desde su posición, ahora de estudiante, Johan sintió que por fin se acercaba más a la concreción de las imágenes que su fantasía de niño había incubado en su mente. Por fin, les dijo a sus padres, se va a cumplir lo que tanto tiempo les he venido diciendo. Allá arriba, la vida se desarrolla de una forma quizás desconocida para nuestro corto entendimiento. Pero vamos a descubrirla. Y yo voy a viajar hacia allá. Ya verán. Su padre le sonreía y le daba palmadas en la espalda. Tú estudia, hijo, le respondía, mira que la vida está muy difícil hoy en día. Me refiero a la vida en este planeta... Tú termina tu carrera y haznos sentir orgullosos. Eso es lo único que te pedimos.

En aquellos días de estudiante, Johan empezó a visitar distintas agrupaciones de las que con el tiempo se hizo parte. Eso sí, cuidó de que nadie de su círculo académico se enterara, puesto que muchos de sus amigos eran reacios a aceptar que hubiera formas humanoides en otros sistemas extraplanetarios. Para no tener problemas con los escépticos, Johan mantuvo en secreto que se había unido a grupos de ufología. En ellos iba gente disfrazada de personajes de Star Wars, Star Trek e incluso quien dirigía una de esas sesiones se maquillaba como el personaje de David Bowie, *Ziggy Stardust*. En estas reuniones se hablaba del bosón de Higgs, los agujeros de gusano y los últimos descubrimientos del CERN o incluso se analizaban películas que tratasen sobre viajes al espacio exterior. Johan participaba con entusiasmo de todos estos encuentros y no pocas veces entró en acalorados debates debido a que intentaba dejar en claro lo que él opinaba desde una óptica científica. Por ello se sentía extraño y hasta excluido, sobre todo cuando recibía respuestas del tipo: *Si trabajas para la NASA vas a ser parte de una conspiración para encubrir reptilianos y su plan de dominación de otras galaxias.*

Johan aprendió así, otra lección: a veces, la humanidad no está preparada, o quizás se niega a estarlo, ante el descubrimiento de algo que pugna con lo establecido por mucho tiempo en la mente. La batalla por ampliar el campo de lo conocido en el cosmos, no era solo física, sino que atañía a una lucha por ampliar de igual forma la conciencia.

Uno de los trabajos que más satisfacciones y enseñanzas le proporcionó luego de titularse, fue el que realizó en el Observatorio La Silla. Junto a su jefa y mentora, la doctora en ciencias astronómicas Norma López, Johan pudo adentrarse a tiempo completo en los misterios del universo. ¿Te has sentido solo, alguna vez, Johan?, le preguntó una noche mientras él observaba a través del buscador de planetas HARPS, un telescopio otorgado por el observatorio europeo austral. No lo sé, doctora, nunca me había detenido a pensar en eso. Verá usted, desde niño me he sentido acompañado por mis propias fantasías con relación al espacio exterior. Y con los nuevos descubrimientos de estos años, el tema de la soledad es lo último en lo que podría pensar, ¿por qué me pregunta eso? La doctora bebía una taza de café que sostenía entre las manos. Miraba cómo se formaba una pequeña estela que giraba sobre el centro del agua. De a poco, notó cómo su reflejo se apoderaba de todo el círculo de la taza. Te lo digo por una razón, dijo ella, porque dedicarse a la ciencia es aceptar que se estará muy solo. Incluso es aceptar la incompreensión. Es un trabajo demandante, más aún cuando lo que nos ocupa es observar el espacio, algo que está en constante expansión. Entonces Norma tomó un sorbo de su taza absorbiendo con ello su reflejo. Johan hizo una mueca. Sí, la entiendo, respondió, pero es raro que me lo diga alguien tan exitosa y que se ha casado ya dos veces y tiene cuatro hijos. Disculpe que lo diga pero no me explico que a usted le preocupe la soledad. La doctora le dirigió una sonrisa cálida. Dejó la taza a un lado. Suspiró. ¿Cambiaría en algo nuestra condición humana el que encontráramos algo allá arriba?, preguntó. Johan estaba absorto mirando por el telescopio, no era tan potente como el del proyecto ALMA pero podía espiar meteoritos y estrellas fugaces con tal nitidez que sentía sobrecogimiento y temor reverencial al ver aquellos astros pasar por el lente. Cuando vaya al espacio, contestó él, volveré con la buena nueva de que jamás estuvimos solos. Se separó del telescopio y giró su cabeza hacia la doctora. Esta le observaba nostálgica. Pero..., Norma miraba a través de un pequeño tragaluz como si este fuese tan potente como el telescopio de tal forma que le permitiese ver no solo más allá del sistema solar sino de ella misma y hasta de Johan; pero, ¿y si la aventura humana se trató siempre de luchar por reconocer, por aceptar, por resignarse a que somos seres solitarios? La doctora se levantó de su asiento y recorrió la sala del observatorio describiendo una elipse. Antes, la gente creía que el sol giraba en torno a la Tierra, dijo Johan, y eso estaba errado. Luego creyeron que el mundo se reducía solo a Europa, ¿y qué pasó?, ahí apareció América para desmentir esa creencia. Después la humanidad creyó

que estábamos solos en medio del universo... ¿Y qué va a pasar? Iremos a Hesperornis y a Edmontonia y demostraremos que ese planteamiento también está equivocado. La doctora se acercó hasta Johan y precipitó su mano sobre él, acariciando su rostro. Él sonreía esperanzado. Ella estaba preocupada. Hoy me llegó un mensaje de mi hijo, contó ella, se va a ir para Asia con su pareja. Nunca hemos estado tan lejos uno del otro. Es extraño. Aún no se va, quizás lo haga en un par de meses, pero aun así me siento muy sola... Y es extraño porque he estudiado tanto el universo, que las distancias de un continente a otro en la Tierra me parecen absurdas comparadas con los millones de años luz que nos dividen con otras galaxias y exoplanetas... Pero, esta mínima distancia, esta pequeña separación de unos cuantos kilómetros, y que ni siquiera aún se ha llevado a cabo, es para mí como si decenas de continentes se hubiesen fragmentado dentro de mí... Como si de pronto, de la nada, hubiese emergido un planeta que siempre estuvo ahí, en su propia elipse; este planeta se llama *Soledad*. La doctora volvió a tomar asiento. Johan regresó al telescopio. Sintió como si el frío del espacio exterior se colara por el espectómetro hasta sujetarle las extremidades.

Los años pasaron y dotaron a Johan de más conocimientos y madurez. Se tituló en un doctorado en física e inclusive hizo cursos para poder pilotar aviones. Con ese conocimiento a cuestas se decidió para postular a ser astronauta en la futura misión que viajaría a Hesperornis y Edmontonia. A esas alturas se habían hecho ya otros descubrimientos de gran alcance para la humanidad. Por una parte, algunos científicos postularon que las partículas con masa, como los quarks o algunos leptones, podían convertirse en elementos sin masa como el fotón. Por otra parte, se logró que un bosón de Higgs pudiese durar un segundo sin desintegrarse en forma de protones y electrones. Con estos nuevos avances, se lograron introducir notables mejoras y cambios en las naves espaciales en lo referente a la velocidad que podían alcanzar en el universo. De pronto, el sueño de Johan de viajar hacia Hesperornis y Edmontonia se hacía cada vez más viable.

Cuando la NASA aceptó a Johan para que se entrenara como astronauta, no cabía en sí de felicidad. Su familia, orgullosa por su logro, le organizó una fiesta en el campo. Hijo, le dijo su padre ya anciano, quiero que cuando regreses de allá arriba puedas cumplir el sueño que tu difunta madre no pudo lograr: verte casado y con unos hermosos nietos para este viejo al que tam-

poco ya le queda mucho tiempo. Padre, soy científico, me casé con la ciencia. El gran nieto que le puedo dar, es el cambio revolucionario que habrá cuando les mostremos a los habitantes de la Tierra lo que encontramos allá arriba. Entonces Johan abrazó a su padre, entre lágrimas, palabras de encomio y aplausos de los invitados a la fiesta.

Johan aprovechó un momento en que nadie le hablaba para sentarse solo bajo un manzano. Se apoyó en el tronco y observó en la oscuridad de la noche el brillo sempiterno con el que las estrellas en la zona sur envolvían el silencio. Dio un suspiro y rio solo, de felicidad. De pronto, le pareció que un ser endemoniado se asomaba por entre las estrellas mientras cargaba en una mano un dragón. Rio por las jugarretas de su imaginación aún presentes en sus años de hombre adulto. Entonces vio un satélite, que por la distancia se veía como un puntito tímido que se abría paso de forma tenue, entre las agrupaciones estelares. Johan imaginó que era una estrella furtiva que abandonaba su sitio para liberarse de su centro gravitacional. Luego imaginó que era un platillo volador con seres que desde dentro espían a los habitantes terrestres. Él sabía que no era así; sabía gracias a sus estudios de años y años que se trataba solo de un satélite, quizás meteorológico. Pero dentro de sí, quería que fuese un platillo volador.

El entrenamiento para ser astronauta fue duro y, a veces, frustrante. Pero con el correr de los días, Johan pudo salir airoso. Ya dominaba las pruebas en la piscina, podía soportar el frío en la cámara de congelamiento y se acostumbró con rapidez a llevar sobre sí el traje biomimético, aunque el peso de este era considerablemente menor al del original que llevaría puesto una vez abordada la nave. Cuando estén allá arriba, les dijo en una ocasión el científico a cargo de la expedición desde la Tierra, quiero que recuerden las misiones Apolo que se enviaron años atrás, quiero que recuerden a Yuri Gagarin, a la misión fallida que se perdió antes de llegar al sistema solar de Prometea, incluso quiero que recuerden a la perra Laika. Necesito que comprendan la magnitud de la gesta que van a realizar. Quizás, cuando estén con ellos, descubran el origen de nuestra propia existencia.

Unos días antes de que el cohete despegara, en la base Joseph Kittinger, la NASA permitió que los astronautas se despidieran de sus familias. Entre quienes asistieron a despedir a Johan figuraba la doctora Norma López. Esta tomó una mano de Johan. Muy seria, le dijo: No olvides la conversación que

tuvimos aquella vez. La mujer volvió a acariciar el rostro del hombre. Luego de decir esto, abandonó la base, caminando apenas con un bastón y sola.

Y el cohete despegó. La cápsula se desprendió fuera de la atmósfera y desde allí Johan contempló lo que todo ser humano sueña desde su infancia: ver la Tierra desde el espacio, desde el silencio y el murmullo cósmico. Le pareció estar en un sueño. Por fin iba al encuentro de aquellas criaturas con las que había fantaseado desde pequeño. Dicen que desde el sistema exoplanetario de Eale, la Tierra se ve como una pequeña estrella titilante, como si estuviera hablando en clave Morse para que alguien le fuese hacer compañía, dijo su compañero Diegrand. Entonces, a medida que la nave se fue perdiendo en medio de la oscuridad, la Tierra se achicó hasta convertirse en una estrella. Que de pronto parecía titilar con profusión.

La llegada a Edmontonia tomó al menos siete años terrestres. La elipse que el planeta describía estaba lejos de estar alineada con su estrella madre. Además, al igual que Marte, desde lejos Edmontonia adquiriría cierto tono rojo debido a la interacción del oxígeno con el hidrógeno. El peróxido de hidrógeno resultante, al oxidar los minerales, creaba en ese planeta aquel color.

Cuando aterrizaron, fueron recibidos por un sonido extraño, como un pitido que no tenía origen ni dirección. Johan salió de la nave y caminó ansioso sobre la superficie. Una gran cantidad de rocas gigantescas con formas adquiridas por la erosión les dieron la bienvenida. Los otros seis tripulantes se ocuparon de bajar los módulos inflables para habitar. Pero Johan no quería perder tiempo. Escaló por las rocas menos prominentes y al llegar a su cima contempló una escena extraña y a la vez maravillosa: un lejano océano caía en una catarata de al menos mil metros de altura y varios kilómetros de ancho. El vapor producido por el impacto de la megacascada, creaba unas nubes de formas variadas que subían hasta el cielo. El cielo de Edmontonia. Desde su posición pudo escuchar con claridad el sonido de las aguas al caer. Era potente, como un gruñido. Johan llamó a sus compañeros con el movimiento de un brazo. Todos escalaron la roca hasta llegar con él. Ahí, atónitos, contemplaron aquella inmensidad acuosa. Sin lugar a dudas, aquí debe haber vida, dijo el astronauta Stravinsky, donde hay agua, hay vida. La tripulación volvió a la nave con la promesa de que en unas horas más, luego de un descanso reponedor, continuarían con la exploración.

Edmontonia es un planeta curioso, decía Johan a una grabadora de voz mientras caminaban por la superficie, tiene formaciones orogénicas muy parecidas a las de la Tierra. Hay gran cantidad de ofiolitas erosionadas que sugieren que hubo mares hoy extintos aparte del de la gran catarata. Las rocas, en su inmensa mayoría, nos hacen pensar en imágenes de gigantes saurios de piel rugosa o nódulos. Por lo que, si nos dejamos llevar por la pareidolia, podríamos decir que se trata de estatuas erigidas por antiguos habitantes de la zona. Pero no. No hemos encontrado rastro alguno de vida. Ni siquiera microscópica como la sonda Futuro captó con sus muestras. En la tripulación ha habido sendos debates al respecto. Según Diegrand, Pérez y Hu-Yong, las muestras traídas por la sonda Futuro se tratarían en realidad de material contaminado llevado desde la propia Tierra o quizás de vida microscópica «espacial» que vaga en la órbita de este sistema exoplanetario. Stravinsky, Magbarinda, Dunkelant y yo, creemos en tanto que no hay por qué perder la calma. Creemos que una vez lleguemos hasta el océano de la gran cascada encontraremos vida. Permítaseme además, dejar como dato mi apreciación personal: en el fondo abisal terrestre hay cientos de criaturas desconocidas. De no encontrar nada en las aguas de Edmontonia, cabe la posibilidad que aquí también exista un fondo abisal.

Mientras Johan grababa sus pensamientos, la tripulación estudiaba las cavernas del planeta. Entraron a una cuya oscuridad fue rota gracias a una linterna a batería. Lo primero que hicieron fue buscar en las paredes algún rastro de dibujos o grabados hechos por algún habitante. ¿Cómo es posible que haya cavernas tan grandes y espaciosas, aptas para la vida, pero que permanecen aquí, solitarias e inservibles?, se preguntó Magbarinda. Vayan más adelante, ordenó Stravinsky, yo me adentraré en esta cueva. Les juro que encontraré vida. Sin que sus compañeros pudiesen impedirlo, Stravinsky se lanzó por una abertura en el suelo rocoso. Se llevó consigo una linterna, víveres y utensilios para escalar. Desde arriba, los astronautas escucharon cómo caía hasta el fondo. Entonces siguieron con su expedición. No debimos haberlo dejado solo, dijo Pérez. Johan iba a contestar algo pero prefirió callar.

Hemos demorado días en nuestra caminata, decía Johan a la grabadora, el océano de las grandes cataratas está cerca pero nos preocupa lo desolado de este sitio. Como no sabíamos nada de Stravinsky, los compañeros Magbarinda, Pérez y Dunkelant se ofrecieron para volver a la caverna e ir en su

búsqueda. Siguiendo con la descripción de Edmontonia, mis compañeros y yo hemos reparado en la extraña conjunción de rasgos en la geografía del lugar. Por dar un ejemplo, hay acantilados que desembocan en valles y estos luego se pierden en distintas mesetas que parecieran haber pasado por un proceso de glaciación. Nos parece que en Edmontonia hay una conjunción de todas las eras geológicas del planeta Tierra. En otras palabras, cuanto más observamos cada una de las características de este planeta, nos preguntamos cómo es posible que aún no hayamos encontrado vida. Yo creo que la hallaremos pronto. Es más, pienso que nos están observando. Por ejemplo, mientras reposaba en uno de nuestros módulos independientes, sentí la extraña certeza de tener algo cerca de mí. Mis compañeros dicen que se trataba del viento desprendido de una lejana tormenta de polvo. Debo comentar también que los días aquí son en sumo curiosos: de pronto la transición del día a la noche es lenta y toma horas. Otras veces el cambio es repentino así como la percepción del clima. El calor y el frío se alternan de forma caprichosa lo que quizás se debe a la línea desordenada que describe el planeta con respecto a su «sol». Es posible que los estudios hechos no hayan puesto énfasis en la rotación de Edmontonia. Este planeta parece, por de pronto, ir a la deriva, sin importarle que en algún momento vendría la visita humana. Johan apagó la grabadora. Se sentó en una piedra. No estaba cansado en absoluto.

Luego de tres días terrestres, lograron llegar hasta el océano de las grandes cataratas. El ancho de estas daba la impresión de rodear todo el perímetro del planeta puesto que nadie ahí divisaba el fin de las aguas. Hu-Yong fue el primero en tocar el mar. Era templado. Sacó de inmediato un microscopio portátil de su equipo y analizó las aguas. ¡Nada, ni una bacteria!, exclamó. Se quedó mirando confundido el océano por unos segundos para luego, en un ataque de ansiedad, sacarse su traje de astronauta y lanzarse al agua. ¡No! ¡No lo haga!, le gritaron repetidas veces sus compañeros. Cuando lo creían muerto, el hombre sacó la cabeza a la superficie. ¡No hay nada!, gritó, ¡Ni un pez, ni nada! ¡Nada!, entonces, de súbito, comenzó a sentirse ahogado. De un momento a otro dejó de respirar. Una pequeña ola venida desde las inmensas cataratas trajo su cuerpo hasta la orilla. Entonces, sin un atisbo de aviso del cielo, sobrevino de sopetón la noche, envolviendo rocas, agua y humanidad. Johan se hincó de rodillas. Observó a su alrededor: el silencio del cosmos caía sobre ellos acallando las cataratas; y desde las grietas de las rocas escapaba un silbido que luego se convertía en un pitido. Las tormentas de polvo llegaban hasta

las cascadas y se lanzaban sobre ellas, ahogándose. Las nubes de formas variadas, daban vueltas en el cielo como insectos despatarrados en el vacío. Johan sintió dentro de sí la sensación de tener varios continentes fragmentándose.

Mientras tanto, Diegrand contemplaba el cuerpo inanimado de Hu-Yong. ¿Sabías que él vino esperando de encontrar a Dios en este planeta?, le dijo a Johan. Este negó con la cabeza. Y si me preguntas qué creo de Hesperornis, añadió Diegrand, no lo sé. Según la sonda, Edmontonia era el planeta con más posibilidades de albergar vida. Johan pateó una piedra. Movi6 la cabeza varias veces. Quizás nunca supimos apreciar nuestro propio silencio, dijo Johan ensimismado, ¿y si siempre estuvimos solos? ¿Y si siempre ha sido así? ¿Y si nunca hubo ni extraterrestres, ni otros habitantes, ni nada?

Entonces, Diegrand camin6 en la oscuridad como si hubiese visto un monstruo. Johan lo sigui6 desconcertado. ¿Qué sucede, Diegrand? ¿Acaso encontraste vida?, ¿ah? ¡Háblame, por favor! Diegrand apunt6 con una mano hacia el espacio exterior. Ahí, dijo, se supone debería estar la Tierra titilando una y otra vez como si nos pestañeara. Johan achic6 los ojos. No veo nada, dijo. ¿Qué pas6, entonces?, pregunt6 su compa6ero.

De pronto, Johan sintió que la soledad le seguía tan de cerca que hasta la podía sentir en forma de viento, de silbido o del ruido de una gran catarata sin fin.

Nosotros solo
tenemos las casas

Cris Morano

Nosotros solo tenemos las casas

Cris Morano

Nosotros solo tenemos las casas. Dejamos a nuestros hijos las casas. Ahorramos toda la vida para tenerlas. Como racimos las hacemos encima de otras, desgranamos los días, ponemos un cesto de melocotones en el centro de la casa, lo llamamos comedor y esperamos abrirnos como semilla en la carne del fruto.

Luego, alguna vez un hijo pequeño nos trae a la casa un insecto verde de poderosas patas, lo guardamos en tarros de vidrio y no le decimos que también esperamos perdurar en su cuerpo, multiplicarnos, ascender.

En la casa estamos nosotros, los que somos nosotros. Nosotros *somos* los que salen en las fotografías, juntos, mirando a la cámara, abrazados o sentados alrededor de una mesa. Cuando somos jóvenes posamos sonrientes, vestidos de fiesta, a veces con un trofeo o un título en las manos. De dos en dos, o de cuatro en cuatro delante de paisajes que también aparecen en enciclopedias o en programas de televisión. Cuando nos hacemos mayores posamos más serios, en los extremos de las fotos, alrededor de niños o parejas menores y nos reímos de ser los mismos que antes salían con la carita redonda y las manos abiertas; entonces empezamos a guardar esas fotos en álbumes, o las enmarcamos y las ponemos sobre una mesita de café o colgadas en la pared. En ocasiones, las enseñamos a las visitas; en otras, las miramos a solas y nos confortamos porque pertenecemos a eso, porque hemos creado eso.

—Madre —me decía mi hijo mayor—, ¿vienes a la mesa a comer?

Porque en nuestras casas almacenamos comida en abundancia, no solo en el frigorífico de la cocina, sino que se amontona en una habitación especialmente dedicada a este fin, la alacena. Todos los fines de semana compramos en las grandes superficies el arroz, las legumbres, las hortalizas con las que cocinamos guisos contundentes para desarrollarnos, pero también compramos en las pequeñas tiendas carnes o pescados de calidad para celebrarnos, para cantarnos a nosotros mismos. El alcohol que sirve para olvidar lo almacenamos junto a los otros alimentos porque a veces, hay demasiada memoria en las casas.

—Mamá —me decía mi hijo mayor, al volver del instituto—, estaré pintando en casa de Layla, volveré tarde.

Y así empezó a dejar vacía su habitación dentro de la casa. Porque los hijos crecen y el espacio destinado a su vida con nosotros cambia de función. Antes era un espacio de juguetes y ropita bordada, después fue un espacio lleno de libros, de ropa deportiva y de botes de pintura. Esas cosas no se las habíamos enseñado nosotros, pues en las casas no siempre somos iguales, no somos solo memoria, sino que evolucionamos con el exterior, con los tiempos que devienen. Hay hijos que trabajan, los hay que estudian y hay otros que hacen cuadros, música, hijos a otros. La habitación del hijo mayor se llenó de lienzos.

Tenemos en las casas, cómo no, espacios propios de una misma. Y esos lugares no tienen una colocación específica, como los cuartos de los hijos. Pueden estar dentro de la alacena en forma de chocolate y cajas de dietéticos, pero también pueden estar en la cocina, como el cuenco feliz de la encimera que alegra los azulejos, o en el aseo, para que vean las visitas el pequeño collar de turmalinas dejado caer, como al descuido, en un pomo de alabastro que antes fue un recuerdo de Florencia. Luego, en la alcoba de matrimonio, nos pertenece por entero el armario grande de doble luna, la cómoda taraceada y sobre ella, delante de un jarrón de Larios, las fotos de la inauguración de aquel negocio, con todos nosotros sonriendo, vestidos de verano y los hijos con la bata blanca de profesores de Artes Aplicadas y sus alumnos. Al final del último cajón, envuelto en papel de leja, está guardado el velo de mi traje de novia, con unas bolas de naftalina por encima y por debajo que cada cinco años se renuevan.

—Madre —me decía mi otro hijo, el menor, al salir de casa—, he encontrado un local aquí, muy cerca, es espacioso y céntrico.

—Que os pongan un buen precio.

—Se alquila por muy poco, es el sitio perfecto para poner la academia.
¿Cuándo vuelve el hermano de Berlín?

—Dentro de poco.

—Le voy a proponer que se nos sume, él también puede dar clases de pintura y nos conviene alguien de fama nacional, para dar nombre.

Porque mi hijo menor tenía desde chico el cuarto lleno de ordenadores, de herramientas de corte y confección, de modelado, de libros de cerámica y diseño. Él es muy listo. Él aprendió en las clases a dar clases a otros, a llevarles de la mano y desde joven le seguían los amigos, compañeros después en el negocio y una chica moderna un poco adusta. Para cuando su ropa, sus documentos legales y su novia estaban ya dentro del negocio, mi hijo menor llevaba todas sus ideas dentro de un *pen drive* colgado del llavero.

—Mamá, no podré comer contigo este domingo —me decía mi hijo menor, ya casi por costumbre—, tengo que entregar los estatutos en el registro y luego nos vamos a Calblanque.

Estaba siempre moviéndose por la ciudad, él la conoce, su tierra es. Se desplaza desde las casas al dinero, desde las casas a los compañeros o a sus ideas, abre locales comerciales, pone tiendas, ofrece clases de arte, se fotografía con políticos o con alumnos. Tiene un coche amplio, un último modelo, no tiene problemas para ir de un lado a otro del país, y del país hasta la casa. Conoce sus calles como la palma de su mano, igual que yo conozco de esta casa los pasillos iluminados con apliques, los zócalos revestidos de madera lacada, las ventanas de doble cierre, el sistema de cañerías que baja el agua de los depósitos y el dibujo de la instalación eléctrica que permite vivir en estas casas en invierno, en las noches de insomnio o en las de fiesta.

Porque en las casas hemos dejado muchos trabajos. Están las casas llenas de nuestro esfuerzo. El sudor nuestro son las casas. El cansancio después, tendidos en la cama hemos pasado, acostados en el primer mueble que se pone en una casa: la cama, que es núcleo fundador de las familias.

Hemos descansado en nuestras camas, gestado, sufrido fiebre, curado en nuestras camas. Una noche, también será en la cama donde tengamos la certeza de haber desconocido al que duerme en el extremo opuesto y nos alcance su respiración como una ofensa inaguantable. A la mañana siguiente comenzamos, sí, es siempre entonces, a buscar otras camas que no son las de la casa. A veces no se encuentran y volvemos a casa.

Las camas propias se cubren siempre con la colcha heredada de la suegra o de la madre, porque es allí donde comienza a producirse una línea descendiente de apellidos, herederos, futuros gestores del *nosotros* que van a tener, cuando también muramos sobre ella, esta casa.

Lo único que tenemos, la casa.

Pues las casas cambian con el tiempo, hay que repararlas si queremos que lleguen impecables a los hijos, y a los hijos de los hijos, y a los hijos de los hijos de los hijos.

—Mamá, no llores —me decían mis hijos mientras nos dirigíamos a la casa de campo del primo Fulgencio.

—Que hemos salvado la vida —me decían.

Y yo lo intentaba, miraba por la ventanilla del coche mientras salíamos de la ciudad y entrábamos en los campos rodeados de montes. Me preguntaba cómo podrían los animales estar allí, protegiéndose en esas lomas sin árboles, bajo qué gruta escondida se salvarían del gato montés, con qué erguida piedra tapanían a sus gazapos del viento, dentro de qué hondura fermentarían los frutos que hubieran guardado para el invierno. Por si tuviéramos que aprender nosotros de esas salvajes intemperies.

Cuando llegamos a la finca del primo, lo primero que hicimos fue abrazarnos muy largo, sin llorar ninguno, nada más que los viejos, disimulando con un dedo en los ojos, lloraban. Pues los jóvenes creen que al sortear un peligro muy grande, no les va a llegar ningún otro, y el resto de la vida serán más felices. La esposa del primo tenía la cabeza vendada y una marca negra de sangre pequeña sobre las cejas, él mismo cargaba con un brazo en cabestrillo

y una camisa manchada. Todos sus hijos y nietos tenían arañazos en el rostro y el menor chillaba de miedo todavía. Uno de los niños me dio ayuda para subir la cuesta de entrada y me sentó en un sillón de sirga del comedor de verano que ocupa la parte central de la finca, enfrente de los ventanales grandes que dan al huerto de moreras y mirto. También los montes se veían desde el fresco comedor.

No sé cuánto estuve sentada, descansando la cabeza en las manos, apoyada en uno de los brazos de sirga, pero cuando levanté la vista, alcancé a ver en el rincón derecho a mi hermana, la madre de Fulgen. Con un vestido limpio, pero con una brecha en la frente cosida y un color de sombra en la cara extrañada, sin sangre. Fui y la abracé, sin dejar que se levantara. Fui sin decir nada. Sin interrumpir los ruidos que de la casa llegaban, los que hacían los demás tratando de encontrar acomodo, llevando y trayendo sábanas, abrigos, ropa limpia, bajando colchones al suelo, metiendo los muebles sin uso en desvanes, ensanchando las salas para dar asilo a los que llegábamos. Otros, las nueras con los más pequeños, estaban en la cocina, abriendo y cerrando armarios, sacando de los cajones comida, especias, panes congelados para consolar los cuerpos que estábamos allí penando.

Sin ganas. Pero hay que comer. Hay que hacer cosas, incluso en el desastre. Hay que limpiar, dormir, comer algo. Pensar, lo menos.

—Diles que te den ropa limpia —me dice mi hermana. Y después me pregunta:

—¿Sabes si a él le ha pasado algo?

—No le ha pasado nada. No tengo su teléfono desde el divorcio, pero su prima Isabel me ha dicho que estaba bien, en el polideportivo, con todos los que han sacado del barrio San Diego.

—Diles que te den un poco del caldo que han traído.

Mientras mi hermana volvía a su mutismo, a su mirar al suelo, yo fui a la cocina, por ver si ese caldo me devolvía el calor a las piernas, que estaban como heladas, como lejos de mí. También quería lavarme la cara por ver si se

me deshinchaban los parpados. En el baño estaba Leticia, mi nieta, llorando, encogida, con un desconsuelo que no repetía desde que era pequeña y me pedía que no la dejara sola en lo oscuro, las veces en que mi hijo salía de noche y me la dejaban al cuidado.

Mi bella Leticia, cuánto sin verte, desde que sales con tus amigas, no recuerdas a tu abuela. No llores más, que ya estamos todos juntos, que ya todo va a salir bien, que ya ha pasado todo.

—No, no quiero, me da miedo estar dentro.

—¿Dentro? ¿Dentro de qué, vida mía?

—De una casa, abuela, estamos dentro de una casa. Las casas se caen, abuela. Las casas no sirven pa' esto.

Pero si ya ha pasado todo, si ya no va a pasar más, si ya estamos nosotros muy bien.

—Abuela, puede haber réplicas esta noche, lo dicen por la tele. Me quiero ir. Leticia, no llores, no tengas miedo, vida mía. Ya no va a pasar más. ¿Sabe tu madre que estás aquí encerrada? Anda y ve con ella, amor, dile que te dé un poco de caldo, que te ponga a hacer cosas en la cocina, que necesitan ayuda, que tu padre está buscando acomodo a todos nosotros y nosotros somos muchos. No te quedes aquí, levanta.

—Tengo miedo, me quiero ir de la casa.

—Eso te pasa por estar ociosa, sin hacer nada: anda a ayudar a tus mayores. Eso te pasa por pensar. No hay que pensar, vida mía, hay que tirar para adelante. No hay otra.

Pero no era la pobre muchacha la única que estaba asustada. ¿Y cómo no estarlo? Mi hermana mirando al suelo con asombro, como el que acaba de ver suceder un milagro, un hecho impensable: que el suelo se abra. Otro: el primo Fulgencio, tapizando el suelo con colchones, llamando a cada uno por nuestro nombre como si acabara de reconocernos.

—Manuela, usted en el colchón de rayas rojas y blancas, que es el más blando. Pepín, tú con tu mujer en la colchoneta azul de *teletienda*, ahora os doy el compresor para hincharla. Leticia, con las primas Mara y Luisi, en el sofá grande.

—No, no, no. Yo no quiero estar aquí, yo me muero, tito.

Y su padre, mi hijo menor, tan mangante con los demás y tan blando con su primogénita:

—La verdad es que algunos tenemos el miedo en el cuerpo, Fulgen, vamos a dormir en el coche.

—Pero qué me estás contando, como si no hubiera sitio en mi casa. Pero qué me dices. Pero piensa en tu mujer, no digas eso.

—Que sí. Ya lo digo. Yo veo el techo encima de mi cabeza y me tiembla la espalda toda. No puedo con el frío que me entra.

Unos temían al suelo, otros temían al techo. Así sucedía. Y parte de mi gente pasó la noche en un automóvil, fuera de la casa, mirando con temor a la casa, como si las casas todas se hubieran caído, aun las incólumes, y de un golpe se hubiera arrancado de nuestras conciencias el gusto ancestral por refugio techado.

Luego cenamos. Comimos para el cuerpo. Para contarle un día.

Mientras comíamos, los mayores llamaban por el móvil a los que habían quedado en la ciudad, o en otros lugares, o los habían refugiado en instalaciones públicas o estaban, aún, desaparecidos.

—Al tito Juanes lo han visto en el Hospital Rafael Méndez, pero ya no está.

—Dice su cuñada que le dieron el alta enseguida, que se fue para Albacete con el coche del hijo. Me lo confirma por mensaje.

—Y ella ¿cómo está?

—En la planta cuarta, con las piernas partidas, con su primo y su prima que han perdido la casa del todo. Van a dormir en el hospital y mañana ya pensarán qué hacen.

—Dicen que la policía está llevando a la gente al Huerto de la Rueda, que van a poner un campamento con tiendas de campaña. Hay ambulancias ya repartiendo comida y pastillas.

—¿Podemos nosotros también dormir al raso, papá?

—Nosotros vamos a dormir en el coche.

—Pero hijo, la casa...

—Se ha acabado la discusión. Ya tenemos bastante.

Cerca del amanecer, yo salí un momento afuera, a ver a mi hijo menor, durmiendo en el coche: el matrimonio delante y mi bella Leticia encogida en el asiento trasero. Entonces sentí un aire muy frío en los brazos y entendí que salía a la calle de noche por primera vez en muchos, muchos años. Era otra vez la madre que acude, en mitad de la noche, a cuidar del sueño de los hijos, pero ahora el sueño se sucedía fuera de la casa, sin techo, en el monte, como los animales vulnerables a la hambre o a la herida, expuestos al gato montés, al cierzo, al asalto de la tormenta o al bochorno paralizador que en el Sur nos acecha.

Miré al techo, al inexistente techo entre el cielo y nosotros, como había hecho mi hijo. Después miré abajo, como mi hermana había mirado al suelo, y vi mis piernas arrugadas, sorteando las piedras. Me dolieron entonces los pies, que pisaban campo y no casa.

Si yo fuera una bestia del monte, llevando a mis hijos en las fauces, entre las yerbas, si fuera habitante de las lomas sin árboles que rodean esta finca, bajo las estrellas de esta noche, no necesitaría las casas. Yo sería la casa de mi prole. El alimento de mi descendencia sería yo, y aun su historia toda.

Pero yo no era una bestia ni mis hijos se cubrían de plumas ni pelo. Nosotros necesitamos las casas. Las bestias desnudas se abrigan en casas y en ellas

ponemos nuestra historia. En las casas fundamos la historia, adentro de ellas comienza. Luego también el futuro hacemos desde las casas. Hablamos allí.

No habiendo las casas, ¿seguirá habiendo palabras? ¿O nos sentaremos al abrigo de unas piedras a gruñir entre invierno e invierno?

Me volví al colchón asignado, pisando las grietas del suelo salvaje, teniendo una gran envidia de los animales felices y sintiendo que ya no entendía las alabanzas que los Evangelios vierten sobre las bestias del campo, que ni labran ni guardan para el mañana. Yo sí había guardado, había labrado y guardado en las casas. Pero es que yo no era un animal: estaba desnuda y había parido seres desnudos. Yo aún guardaré y labraré y prepararé para el futuro. Y le diré a mis descendientes: labrad y guardad. No seáis como los lirios.

Luego supimos que muchísima gente había dormido esa noche, y aun las siguientes, al raso: en campamentos temporales, en automóviles, en las afueras, cerca de la rambla, bajo los puentes, en bancos de parques. Apoyados en bolsas de basura que ahora contenían tesoros: ropa rescatada, objetos singulares que necesitaban para seguir viviendo. Al lado de los más afortunados, tiritaban de amor los pocos perros salvados.

—Han dicho en la radio que las familias pueden volver a recoger las cosas de sus casas. Que hablemos con la policía. Dicen que hay información en la plaza del Ayuntamiento.

Dijo mi hermana, mientras disponía el desayuno para los más niños. Alrededor, los mayores tomábamos café con los ojos enrojecidos, estirando las espaldas, apoyados en el filo de los muebles blancos de la cocina rural de Fulgencio. Todos dudaban, menos yo, que recordaba los cuadros de mi hijo mayor, almacenados en su antigua habitación, ordenados entre suelo y paredes para ser enviados pronto a las galerías de Europa. Él estaba en el extranjero, promocionando su obra, pero los cuadros podían haber sufrido, haber acabado entre escombros... Mi hijo menor y yo queríamos acercarnos a la ciudad para ver de rescatarlos. Los jóvenes tenían, además, que volver a colegios y facultades que no sabían si habrían sobrevivido al derrumbe.

En cualquier caso, allí no podíamos quedarnos: ni dormir en el suelo, ni comer lo que ya no quedaba.

Cogimos el coche y abandonamos la casita de campo, en silencio, dejando las lomas detrás de nosotros y el huerto pequeño de Fulgen y el comedor de verano. Tomamos el camino de arena que bajaba hacia el centro, enlazando con la carretera, torcimos por la primera calle y empezamos a encontrar vallas amarillas cortando el paso de vehículos, rodeadas de cascotes, polvo, y en algunos montones, muebles partidos. En tramos pequeños, las aceras desaparecían entre automóviles hundidos por cornisas y fragmentos de escaparates hechos pedazos. Al fondo de una calle más oscura, unos muchachos tristes, manchados, en silencio, desvalijaban una furgoneta. Tomamos un desvío. No volvimos a ver a nadie.

No había nadie en las calles, parecía que unos fantasmas habían pasado por ellas poniendo aquellas vallas amarillas, o los papeles de prohibido el paso, y luego se habían marchado para siempre, sin dejar nada suyo, sin volver, sin intención de volver. En la primera calle ya propiamente urbana que tomamos para acceder al centro, los edificios se habían torcido sin llegar a caer, aunque los cristales todos y las cornisas reposaban en el suelo en montones mezclados con el polvo y las ramas de los árboles cercanos.

En la pared del edificio lateral, que parecía sostener el peso de sus compañeros alledaños, una mano ignorada había dibujado una equis gigante de color negro. En la pared de los otros bloques, había equis rojas y amarillas. Nos mirábamos de hito en hito como si uno de nosotros hubiera descifrado el significado de aquellas señales arcanas y no quisiera decirlo, pero lo cierto es que ninguno de los dos sabía nada y nos pusieron un frío muy grande en los huesos.

No entendíamos las cruces. Eran muy grandes. Querían decirnos algo. O no. Eran secretos signos nuevos.

Un viento muy leve, muy caliente, heraldo del desierto pero a la vez, venido de muy cerca, sopló, levantando esquirlas de vidrio y tallitos cortados. Olimos a quemado.

Como la mayoría de las calles estaban cortadas por vallas y precintos de la policía, dábamos vueltas con el coche, buscando nuestro barrio.

Mi hijo sacaba el cuerpo por la ventanilla, intentando descifrar los signos, oteando por sobre los montones de escombros. Porque los restos de los edificios devenían, a nuestro paso, los símbolos a descifrar para conseguir llegar a las casas.

Eran los escombros ahora el lenguaje a aprehender. Con las calles vaciadas de gente, con los letreros caídos, con las señales rotas, con las edificaciones conocidas hechas pedazos delante de nosotros, los montones de escombros nos decían por dónde no buscar ayuda, por dónde no pasar, y en el centro de una casa muy alta que aún conservaba intocados los cuartos cercanos al muro de carga, una mole de hormigón destrozada y manchada de rojo oscuro nos advertía adónde no debíamos mirar, y seguir adelante, abandonando toda esperanza, también nosotros, que bajábamos a lo inhumano.

Nadie en las calles, nadie alrededor de las casas caídas, nadie junto a los palacios derribados, nadie en la iglesia, ante los altares partidos.

Árboles aplastados bajo una torre abatida que había sido secuencia de apertura en todos los informativos. Un gato cojeando en la acera, maullando muy leve, con las mamas hinchadas.

Después unos perros acostados en la otra acera, con el pelaje cubierto de polvo y trocitos de ladrillos, muy quietos. Paramos el coche un instante, entre las bestias. Nosotros también cachorros desorientados.

Nos sacaron del aquel trance unos ruidos que tardamos en reconocer: eran pasos, pasos propios de gente enérgica, decidida. Y nos preguntamos quiénes podían caminar con esa fuerza definida, por el campo de destrozos que nos había vencido tan contundentemente a nosotros. Guiamos el coche hacia un lado de la calle, aparcando para dejar sitio al improbable ruido que nos venía. Enseguida aparecieron por el otro extremo de la avenida tres hombres muy altos vestidos con el uniforme oficial de la UME, la Unidad Militar de Emergencias que en la televisión habíamos visto siempre visitando lugares en cataclismo. No eran policías ni sanitarios, eran militares. Otros dos les seguían a corta distancia con auriculares y antenas. Hombres entrenados, con el subfusil en las manos, apuntando al suelo y los dedos rozando el gatillo. En posición de alerta. Viniendo hacia nosotros. En el auto, mi niño y yo nos baña-

mos en sudor en unos segundos. El corazón daba golpes adentro del pecho, acompasando, eso nos parecía, su latir al paso sísmico de los soldados.

No sé qué hablaron con mi hijo menor, sé que una vez tuvieron en sus manos la documentación del coche, y que uno de los soldados, con la cara tapada por gafas de sol y mascarilla, me rozó el brazo al tomar mis papeles. Después, otro de ellos, que llevaba unos guantes negros y la cara manchada, indicó una dirección a seguir y unos nombres. Debíamos, sobre todo, explicó, esquivar los edificios marcados con cruces negras y rojas, circular por el centro de las avenidas, aparcar el vehículo cuanto antes y consultar, en la base emplazada delante del Ayuntamiento, cómo rescatar y qué hacer con los restos. La gata herida nos miraba medio oculta debajo de un coche aplastado por la gruesa rama de una morera centenaria. Yo no vi moverse a los perros.

Nos cogimos del brazo para avanzar en el adentro de la ciudad. Pasamos por delante de tiendas famosas que tenían caídos los caros trajes de mujer, desgarrados bajo trozos de cristal y gruesos cables; a su lado, los rótulos luminosos partidos, con los bordes cortantes. Colmillos de caimanes parecían, tan afilados, tan amenazantes, cuando no eran más que ruinas. Tras los vidrios medio cortados de los grandes expositores, unas equis rojas y naranjas desplegadas.

Un poco más allá volvimos a encontrar otra patrulla de la UME, esta vez con las armas guardadas en sus fundas. Cuando el paso regular, expansivo de los soldados se alejaba, volvía a nosotros el silencio de las ciudades perdidas. A estas alturas de nuestra desventurada marcha, empezamos a mirar a los edificios que quedaban en pie con admiración, con amor incluso; los mejor conservados ostentaban una equis gigante en sus muros de un magnífico color verde esmeralda. Eran los salvos, los que no necesitaban demolición: sus propietarios volverían al día siguiente a sus vidas de antes, sin temor volverían a sus cosas.

En nuestro interior, en el silencio que también mi hijo y yo manteníamos, esperábamos encontrar esa verde señal iluminando nuestra casa. O al menos amarilla, para poder rescatar de su cáscara nuestros tesoros. Mas si fuera negra, ay, entonces ni acercarnos podríamos a su sombra.

Ya muy cerca de ella, si es que algún *ella* quedaba, nos encontramos un grupo de extraños que nos hizo temblar nuevamente: insectos parecían por

sus trajes ajustados, oscuros, provistos de chalecos fosforescentes, de peculiares cinturones ajustados sobre los chalecos, de los que colgaban metros, martillos, niveles, linternas, calibradores, cámaras fotográficas, instrumentos para medir la humedad o el calor, cajas metálicas donde se encendían lucécitas rojas al aplicarlas al suelo y estetoscopios largos que aplicaban a las paredes manchadas de salitres. Todos llevaban cascos de obra y libretas donde apuntaban cosas. Iban tapados con mascarillas que les protegían del polvillo del aire y del que levantaban ellos mismos al examinar las edificaciones. El que sujetaba una modernísima tableta en los brazos se bajó la mascarilla un momento y alcanzamos a oír:

—Todo correcto en este paño, marcamos en verde el número 14 completo. Vamos a la grieta del número 12.

Entonces otro de los personajes abrió un bote de espray, luego de agitarlo con fuerza, pintó la ansiada cruz salvadora, la equis verde que significaba edificación intocada, apta, habitable. En aquel sitio volverían las bestias desnudas a prosperar, serían casas de nuevo.

—Y no había nadie por la calle, nadie, nadie —le dirá luego mi hijo a su hermano mayor—. Parecía aquello... bueno, parecía lo que era. Patrullas por todos lados, detrás de los ingenieros, y no se oía nada, nada, nada. Un miedo, una pena... tú no sabes qué pena. Un aircillo que se levantaba, sin ser nada, pero sopládote en los oídos como viento africano. Tú no sabes qué aire. Parecía que aullaban los animales a lo lejos, en pleno mediodía.

Pero no le dijo que llegó un momento en que solo notábamos los escombros debajo de nosotros al caminar: yo miraba a mis pies, que pisaban ciudad y no campo, pero se retorcián sobre trozos de cosas como si pisaran esas lomas de grava sin árboles, con yerbas amontonadas que hieren. Un momento miré hacia atrás, porque el ruido de un perrillo pequeño, buscando agua o comida, me sobresaltó. Vi, entonces, unas pisadas blanquecinas, irregulares, que dibujaban suelas de zapatos detrás de nosotros.

Me asustaron dos cosas en eso: que íbamos dejando huellas nosotros, como los animales. Que esas huellas eran de humanos calzados y no de bestias perdidas.

Nosotros, en la intemperie, sin las casas. Sin fotografías, sin alimentos, sin documentos. Es decir, sin pasado, sin presente, sin futuro. Si no habitamos las casas nos diluimos en el aire.

Nosotros no tenemos nada si hemos perdido las casas. Si no tenemos casas somos bestias nudas, remedos vulnerables de lo humano. Sin techo, sin nada. Los que andan por los caminos buscando y cruzan fronteras.

Entonces somos los Otros. Los que vosotros veis llegar andando a duras penas, con las caras torvas, sujetando unas mantas o un hato de cosas de comer. Los que pelean por alcanzar unos panes que les tiende la Caridad. Los que hieden y no descansan. Los que son traídos y llevados.

Y os quedáis vosotros en la ventana vuestra, mirando. Pero la tierra tiembla y se abre.

Ciudad de Lorca (Murcia),
terremoto de 2011.

Dedicado a Pepe Guillén Gomáriz,
ciudadano de Lorca

Deus ex machina

Adolfo Pérez

Deus ex machina

Adolfo Pérez

José era tan carabanchelero que había nacido, veinte años después de terminar la guerra civil, en el hospital militar Gómez Ulla de ese pueblo, reconvertido en un barrio de los arrabales del sur de Madrid. Era tan forastero que provenía del otro lado del Manzanares, como los pistoleros de los *westerns*. A los tres años empezó a ir al colegio mediado el curso. Para celebrar su primer día, llevó a la escuela una caja de galletas Fontaneda. Su señorita las repartió equitativamente entre sus pupilos durante los descansos. Las marías solo alcanzaron para tres días, pero a esas alturas él ya se había integrado en el grupo como si estuviera desde el principio.

El bachillerato lo cursó en un instituto público de la Plaza Elíptica que había sido construido sobre un solar repleto de chabolas. En el patio se jugaba simultáneamente a fútbol, balonmano y baloncesto, sobre unos campos pintados en forma de cruz latina, sin ábside ni cúpula. Por aquella época en la zona del altar eran sacrificados, cada recreo, un gordo y un gafotas. Al día siguiente de la ejecución de Salvador Puig Antich, debajo de las canastas de *basket* habían esparcido octavillas subversivas y las paredes amanecieron llenas de pintadas antifranquistas. Fueron borradas antes del ángelus para no cortar la digestión de los españoles conformes con el régimen, como Dios manda.

En la conferencia magistral que constituía una de sus pruebas de Selectividad, José disfrutó de lo lindo con la distribución normal de la Curva de Gauss y siguiendo esa estela y la de un amigo de la familia, se matriculó en la Escuela de Topografía, por entonces la cantera de ingenieros para el Instituto Geográfico Nacional.

Asistiendo a las clases de Callejo cayó seducido bajo el encanto de la Geometría. Porque aquél estrábico catedrático, enfundado en su bata blanca y armado con una cuerda y una tiza, dibujaba sobre la pizarra una sinfonía matemática cada vez que daba clase. Con la misma seguridad representaba triángulos esféricos sobre la bóveda celeste, que desarrollaba los cinco sólidos platónicos sobre el encerado. Siempre con una precisión geométrica tal, que al delegado le resultaba doloroso tener que borrar la pizarra al final de cada sesión.

Tampoco se perdía las lecciones que impartía Vázquez Maure, lo suyo eran auténticas clases magistrales, que con el hilo conductor de la Geomorfología se convertían en viajes astrales por las regiones de España. A menudo salpimentadas de anécdotas llenas de humor e ironía, que engrasaban la aridez de la asignatura hasta convertirla en un cuento de niños.

José era un animal de costumbres, le gustaba sentarse en las primeras filas y tomar apuntes cerca del estrado del profesor. Coincidió en el pupitre con Gora, un vasco hijo de pescadores que se confesaba un enamorado de la Trigonometría. Residía en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, el más progre de toda la Ciudad Universitaria. Allí no pasaba un fin de semana sin la celebración de un acto en el que se reivindicara la democracia y la libertad, ya fuera una obra de teatro independiente, un concierto de jazz o una película de arte y ensayo. Tal aluvión de eventos convirtió al «Johnny» en el órgano más importante de la vanguardia cultural y política madrileña.

En el último cinefórum en el que ambos habían participado se proyectó la película «*El tormento y el éxtasis*». Era una visión hollywoodiense del «*Cinquecento*», donde el Papa Julio II obliga al genial Michelangelo a pintar la bóveda de la Capilla Sixtina, exigiéndole abandonar la ejecución del «Moisés» para el sepulcro del propio Julio II, sito en la Basílica de San Pietro in Vincoli de Roma. La batalla librada entre el omnipotente Papa y el artista, era una buena excusa para debatir sobre el aprovechamiento que la sociedad hace de los trabajos de individuos sobresalientes, fueran profesionales, funcionarios, científicos, diputados a cortes o artistas. En ese ambiente se movían Gora y José, instruyéndose espiritualmente los días no lectivos y estudiando de forma reglada entre semana.

—¿Has observado la magia de las razones trigonométricas?— preguntó Gora, nada más tocar el timbre que cerraba la clase.

—¿A qué te refieres? No me imagino al seno ni al coseno de magos con varita y chistera— respondió José, recogiendo los apuntes, dispuesto a abandonar el aula cuanto antes.

—El seno y el coseno son funciones sinusoidales, como la vida. Con máximos, mínimos, puntos de inflexión y valores unas veces positivos y otras negativos, igual que los avatares de la existencia.

—¿Ah, sí? Y ahora me vas a contar lo que pasa cuando la realidad te saca por la tangente del lado peligroso de la vida. ¿Verdad?

—Pero mira que eres simple. La función tangente es discontinua y su rango oscila desde menos infinito hasta más infinito.

—¡Anda! ¿Hasta el infinito como el fascinante viaje interestelar que vimos en la película «2001: una odisea del espacio»?

—Más o menos, pero no tan alucinógena. Es como el universo de sentimientos, que van desde la desesperación al clímax. Lo mismo te matas de dolor que te mueres de gusto. La tangente es un indicador perfecto para expresar, numéricamente, el valor exacto de la intensidad de cualquiera de las pasiones del ánimo.

—¿Quieres decir que mis emociones se pueden codificar con un número?

—Si señorito. Solo hace falta aplicar la fórmula adecuada. Y el valor de la tangente te lo facilita.

—Pues vaya chasco. Ahora que los militares tratan a los soldados de reemplazo como personas y no como meros números, tú te levantas iluminado y me dices que la Trigonometría sirve para codificar el carácter de las personas.

—Sí amigo, cosas *veredes*. Tú convivirás con una inteligencia artificial que te conocerá mejor que tú mismo te conoces. Y delegarás en ella, asuntos tan

trascendentales como seguir ciegamente el camino que te indique, para llegar a cualquier sitio, sin que lo consultes en un mapa— expuso Gora, tan convencido. Dejando a José preocupado por la salud mental de su amigo y también mosqueado por el futuro de las guías de carreteras.



Había nevado en Madrid y el frío de la madrugada anunciaba una mañana caótica para los servicios públicos de la ciudad. José se dirigía a la escuela de Cuatro Caminos. Primero bajaría por las cuestas del Manzanares para coger el metro en Marqués de Vadillo, a la orilla del río. Calzaba botas porque en el camino pisaría nieve, hielo y barro. Iba pendiente de no resbalar y abrigado hasta las orejas. En el andén del metro bullían decenas de caras recoloradas por el contraste térmico con la calle. Un vistazo al reloj le resolvió el dilema entre prisa y paciencia. Montaría en el vagón, aunque tuviera que encaramarse por encima de todas esas cabezas. Cuando empujó desde el borde de la puerta, para que esta se le cerrara por fuera, una joven, incomodada por el arreón, puso cara de hacer ascos y dijo en alto:

—No se cabe.

—Te equivocas, princesa del guisante— contestó José, aplicando más fuerza y arqueando la espalda para colarse dentro definitivamente. —Existe una ley empírica que demuestra la elasticidad del metro. Se concreta en el axioma que reza: «*En todo vagón de metro siempre cabe uno más*».

Patti, que así se llamaba la chica, sonrió y sus facciones se transformaron inmediatamente en las de una sacerdotisa bacana. Y como viajaban tan pegados, continuaron hablando hasta Callao. A la semana siguiente, ya quedaban en las taquillas para compartir viaje y conversación. Patti estudiaba la especialidad de Astronomía y Geodesia en la facultad de Matemáticas. Ambos compartían una afición común. En su paseo matutino al metro iban observando el cielo nocturno y reconociendo las constelaciones, estrellas y planetas que les brindaba el firmamento del crepúsculo.

—De pequeña me enseñaron a santiguarme cuando salía del portal— dijo de pronto Patti.

—Yo hacía lo mismo. Era una forma de encomendarse a Dios— añadió José, interesado por el tema.

—Algo parecido a una jaculatoria. Servía para ponerse en presencia de Dios y establecer un vínculo de conexión con él cada mañana— remachó Patti en llegando a Pirámides

—Ahora que soy agnóstico me pongo en presencia del cosmos cuando miro al cielo e identifico los astros. ¡Ea! Esa es mi forma laica de persignarme— concluyó él, encantado de su sentimiento de pertenencia al universo sideral.

Cierta tarde, tras asistir a la puesta de sol en el Templo de Debod, ella le anticipó que sus ojos verían en el futuro telescopios espaciales. Unos observatorios astronómicos instalados en satélites que, orbitando la Tierra por encima de la atmósfera, escudriñarían el universo sin velo alguno. Y acto seguido, como en estado de trance, ella empezó a emitir frases inconexas de las que solo entendió dos palabras que repetía machaconamente: Hubble y Webb. Como hacía poco que habían visto la película «*El Exorcista*», José rememoró el semblante de la niña Regan en la cara de Patti. Mientras, ella seguía hablando fuera de sí, con el mismo gesto que él había visto por primera vez en aquél metro atestado. José empezaba a preocuparse ante la situación, pero ella fijó su mirada en la constelación de Orión y, al instante, recuperó el aspecto de vestal preparada para el sacrificio. Ese aire que a José le hacía perder la cabeza cuando estaban solos y el norte cuando estaban acompañados.



José conoció a Tolo trabajando en la central nuclear de Lemóniz. Era el geólogo de la obra. Aunque de origen granadino, llevaba unos cuantos años instalado por las intermediaciones. Se hicieron amigos compartiendo *gin-tonics* en las largas tardes del invierno vizcaíno. Quedaban después de salir del tajo para charlar, escuchando temas de «*The Doors*»; les gustaba la canción «*The End*», esa aportación a la banda sonora de la película «*Apocalypse Now*». En sus disquisiciones cinéfilas, el film representaba el caos absoluto de la guerra, pero también el sinsentido de la dictadura franquista y la locura del terrorismo etarra que asolaba el país. Otras veces intercambiaban opiniones acerca de sus compañeros:

—Ayer escuché una conversación entre el jefe del reactor y el de turbinas, el primero decía que dada su posición, si quería progresar en la empresa debía ceñirse a la regla de las cuatro «emes»— empezó Tolo

—A ver si las adivino. Motivar y Monitorizar a los trabajadores, Modernizar la maquinaria y ser Modesto con los representantes de la empresa propietaria de la obra.

—Te equivocas de medio a medio, las claves van por otro lado. Medrar con los jefes, Manipular a los empleados, Mentir y Mangar a la propiedad todo lo posible. Permíteme decirte que te queda mucho rodaje en este mundo de la obra.

— ¡Olé, olé y olé! Lo de mi inmadurez no lo puedo negar, pero tampoco disintirás de mí en que esta sociedad, con unos planteamientos como los del capullo Mr. Reactor, es una rama podrida del árbol de la evolución humana. Ese camino nos lleva a la perdición, cuando no a la extinción

Los fines de semana se escapaban a conocer los paisajes vascos para alejarse del ruido de la obra. También huían de las amenazas extremistas que ensombrecían el avance del monumento de ferralla y hormigón en el que estaban embebidos cada día. Su trabajo entonces giraba alrededor de la cala de Basordas, el espacio desecado al Cantábrico sobre el que trepaban los encofrados en los edificios nucleares de la obra civil. Mientras tanto sus correrías se diseminaban desde el epicentro de «*El Botxo*». En broma decían que sus excursiones seguían el modelo del *Almagesto*, porque revoloteaban alrededor del hoyo bilbaíno igual que los astros orbitan la Tierra.

En una de sus charlas de barra Tolo empezó aseverando. —Cuando salgamos de este agujero asistiremos a la creación de la cartografía exacta. Conviviremos con el mapa de escala «*un metro por un metro*».

—Eres un listillo, pero a mí no me la cuelas. Eso ya lo escribió Borges en el relato «*Del rigor de la ciencia*». Allí aparecían unos cartógrafos codiciados por lo bien que hacían su trabajo.

—Lo sé. Pero yo te estoy augurando que trabajarás, como aquellas eminencias, en un mapa de esos a escala «*uno es a uno*»— lo recalcó, vocalizando

como si masticara las palabras, mientras que le asustaba con aquella mirada concentrada en atravesarle el cráneo con la furia de un basilisco.

—Vaya carácter. A veces das miedo, actúas como el protagonista de *«La naranja mecánica»*. Cuida tus tendencias sociópatas, no vayan a tener que aplicarte terapias conductistas para atemperar esos prontos tan virulentos y acabes como Alex escupiendo derrota.

Un sábado de verano hicieron una excursión a la ermita de San Juan de Gaztelugatxe en el municipio de Bermeo. Llegaron temprano al punto de partida, refrescaron el gaznate con un piscochis y se pusieron en camino, piernas a la obra. El primer tramo del recorrido era cuesta abajo, avanzaban a favor de la gravedad como cabras correteando en cárcava. En un recodo del trayecto divisaron la ermita, erguida sobre las rocas en la cima de una isla. Animados por la visión llegaron hasta la orilla del mar en el punto más bajo del itinerario. Ahora solo quedaba atravesar el puente y subir por una estrecha escalera que serpenteaba por la ladera para aminorar la pendiente. El tramo prometía sangre, sudor y lágrimas, así que ambos se picaron por dejar al otro descolgado en la ascensión. El repique de una campana espoleó a José para apretar el ritmo y demarrar de su amigo que jadeaba sin aliento. Subía pletórico sin mirar atrás y de repente encontró un cuerpo menudo tendido al sol en la angosta escalera. Se asustó tanto que paró a socorrerle, pero al agacharse observó que el hombre estaba consciente y aparentemente relajado.

— ¿Se encuentra usted bien? ¿Le puedo ayudar?

—Estoy fenomenal. Lo único que necesito es que se aparte un poco, me está tapando los rayos del sol.

—Perdone, no quería importunarlo— contestó un poco desconcertado.

—Disculpe mi salida de pie de banco. Estaba enfrascado en la idea de que para vivir feliz solo se necesita: asumir el pasado, disfrutar el presente y no perder la esperanza en el futuro.

—Creí que estaba en apuros y resulta que es usted un filósofo al que le gusta broncearse en parajes inaccesibles. Ahora si me permite pasar, ya se está aproximando mi amigo y voy a perder la ventaja que le llevo.

En esas llegó Tolo asfixiado, se paró e inclinó el tronco hacia adelante y apoyando las manos sobre las rodillas respiró profundo para recuperar el resuello.

—¿Qué ganáis batallando por llegar el primero arriba?— inquirió el hombre desde el suelo.

—Será que somos jóvenes, necesitamos competir y ganar, es una forma de autoafirmación.

—Vale. Pero con mi entrada en escena, he interrumpido el curso de vuestra carrera, os habéis reunido en este lugar y la disputa hasta aquí no ha valido más que para esforzaros, sin obtener ninguna recompensa.

—Es cierto. No siempre los esfuerzos producen compensación inmediata. Pero también es verdad que los generosos son más felices que los rácanos. Estar tan pendiente de lo que puedes perder no genera más que amargura— contestó Tolo, ya superada su crisis respiratoria.

—Sabed mozalbetes que opositar a funcionario es un esfuerzo inmenso e incierto. Pero si obtenéis recompensa, esta será infinita— sentenció el hombrecillo, mientras la pareja reemprendía la marcha.

Por fin llegaron a la ermita. José, en plena euforia de endorfinas, se sintió como «Rocky» subiendo triunfante las gradas del Museo de Filadelfia. Estaban en una plataforma horizontal rodeada de un antepecho de piedra, desde el que se oteaba un paisaje litoral compuesto de mar y cielo, rocas y pinos, olas y nubes, que junto a la brisa marina exacerbaban la sensación de plenitud. Cada uno hizo sonar tres veces la campana del templo para atraer la buena suerte y ahuyentar los malos espíritus. Antes de emprender el regreso José se juró a si mismo que se haría funcionario.



A principios de la década de los ochenta, la llegada de los socialistas al poder contribuyó a ventilar la sociedad española. Su propósito de modernizar el país se plasmó en una renovación del personal de la Administración. El pri-

mer director general del IGN nombrado por Felipe González fue un catedrático cántabro algo indolente, pero entonces llegó Arévalo, ♪ *Y se acabó la diversión* ♪ *llegó el comandante y mandó a parar* ♪. Era un inspector de Trabajo osado y tirillas que, cual quijote, se empeñó en digitalizar los datos topográficos con la misma vehemencia que inhalaba el humo de sus evanescentes cigarrillos. Para acometer esos trabajos anunció oposiciones que ampliarían la plantilla.

José lo tenía tan decidido, que apenas se convocaron las plazas en el BOE, pidió la cuenta en Lemóniz y empezó a estudiar con su colega Miguel Ángel. Habían acordado enclaustrarse en Colmenar Viejo durante la semana, estudiar mano a mano de lunes a sábado y oxigenarse en los humos de Madrid los domingos, para no volverse locos ni cortar el cordón umbilical con sus amigos. Empollaban en un chalet de la urbanización cercana al matadero. A diario comían en sus instalaciones la carne de los animales que habían oído llegar por la mañana, metidos en unos camiones que les recordaban a los trenes rebosantes de judíos camino de los campos de exterminio. Las proteínas les fortalecían las sinapsis neuronales, que con el entrenamiento de diez horas diarias empezaban a funcionar a pleno rendimiento, preparándose para la competición que se avecinaba. Por la noche, después de cenar, se tomaban una copa en algún *pub* del pueblo, se confesaban sus tribulaciones y se volvían a casa rendidos por el cansancio. Aislados en su burbuja, no consumían prensa, ni radio, ni televisión. Fue un tiempo en el que las estanterías de su cerebro solo almacenaban la materia lectiva del temario. Eso incluía toda suerte de ejercicios prácticos de una materia tan aplicada como la topografía. Una mañana, cuando regresaban en coche a Madrid desde su encierro, concretaron en palabras su angustia existencial.

—Ser opositor es como acumular en el cuerpo electricidad estática, con la expectativa de ser tocado por el dedo de Dios. Igual que Adán en el techo de la Capilla Sixtina, esperando que se produzca la extraordinaria descarga electrostática que desencadena el aprobado— dijo Miguel Ángel aplicando un símil.





—Magnífico. Lo malo es que si suspendes, compañero, la energía se queda en tu cuerpo y te acaba ocurriendo lo que al pobre de la escena del Juicio Final pintado en el testero de esa misma capilla. Que aparece hecho un pellejo, como afectado por una implosión, que lo transporta al infierno convertido en un pergamino— respondió José, para evidenciar el riesgo de toda apuesta a vida o muerte.

El entrenamiento de aquellos meses les permitió superar las maratónicas jornadas de exámenes. Así el dedo todopoderoso obró el milagro de repartir sendos aprobados. Por eso durante ese verano se sentían invencibles.

—Me encuentro tan ufano como la escultura del David de mi tocayo— bromeó Miguel Ángel al salir de la piscina, mientras se secaba al sol.

—No es para menos, ser empleado público es un honor para un miembro del lumpemproletariado. Servir a la ciudadanía no reporta dividendos económicos, pero puede justificar una vida dedicada al progreso de la humanidad— respondió José pensando que se es funcionario para siempre jamás.



—Y hablando de belleza. ¿Sabes que en la «Galleria dell'Accademia» de Florencia hay cuatro esculturas de esclavos, escoltando al David, que Michelangelo dejó inacabadas?— sondeó José después de un rato de silencio

—Sí, lo estudié en Arte. Están allí para enseñar al mundo que el proceso de modelado que transforma un paralelepípedo de mármol de tres metros de altura en una obra maestra, es una empresa solo al alcance de héroes— sentenció Miguel Ángel como si conociera el paño. Luego añadió:

—Hemos aprendido que hacer un «levantamiento» topográfico consiste en crear un modelo de relieve con las curvas de nivel para mostrar mediante un mapa las formas del terreno. Un escultor hace lo mismo pero a la inversa, podría llamarse una «sustracción». El artista retira del bloque de mármol la masa que sobra, dejando intacta la materia pétreo que dará forma a la escultura resultante. Michelangelo Buonarroti extraía la efigie a partir del bloque, como si este fuera una pecera en la que estuviera sumergida la escultura. Al vaciarla, el agua sobrante se escaparía por el desagüe y según descendiera su nivel dejaría aflorar paulatinamente la obra de arte. Es por lo que estos esclavos también son llamados los «*prigionieri*», para expresar la lucha del artista por liberar al cautivo de las entrañas del mármol, donde está prisionero.



—¡Claro, claro! Deberías dedicarte a la enseñanza, tienes palique y madera para explicar conceptos complejos con relatos sencillos— zanjó José, orgulloso de ser su amigo.



Tras la toma de posesión como funcionario, José disfrutó de un periodo de formación a cargo de un tutor llamado Rafa. En la charla de presentación le aconsejó no olvidar unas normas que a él le funcionaban muy bien.

—Yo siempre me cuido de incorporar cuatro requisitos en todos los proyectos. Lo llamo el cumplimiento de las cuatro «ces». El equipo de trabajo debe vertebrarse a base de Colaboración, Comunicación, Creatividad, sin olvidar el espíritu Crítico.

A José le vino a la cabeza la regla nemotécnica de las «emes» de Lemóniz y pensó que, al menos en eso, había acertado al cambiar de empresa.

Una mañana, Rafa le ordenó cerrar la puerta del despacho y le sentó frente a él con mucha prosopopeya, luego sin anestesia le aseguró.

—José, tú estás predestinado para mandar en el IGN.

—No me tomes el pelo. Llevo aquí tres días, soy un pipiolo y me falta un hervor más algunos veranos para hacer sonar la flauta.

—Escucha José, déjame que te cuente algo que debes conocer— la cara de Rafa se transformó en la de un médium que hablara por boca de otros.

Le dijo que el IGN era un organismo tutelado por los dioses desde su fundación en 1870. Existe un Órgano Rector en el Olimpo que se preocupa de mantener el rumbo adecuado del Instituto en su travesía a lo largo de la historia. Ellos decidieron emparentar nuestra misión con la de la Academia de Atenas y transvasar el legado espiritual de la Acrópolis a Madrid. Es cierto que utilizan una metodología poco ortodoxa para los simples mortales, pero que resulta altamente eficaz. Cada trabajador ha sido escogido desde su más tierna infancia aplicando un sutil test, absolutamente objetivo.

En un proceso paralelo Rafael de Urbino fue inspirado para representar, en el punto de fuga de su obra *«La escuela de Atenas»*, a los maestros Platón y Aristóteles. El segundo, muy centrado en lo terrenal, extiende su brazo derecho y con la palma de la mano señala al horizonte, indicando con su gesto que las bases del conocimiento se hallan sobre la tierra. Lo mismo que los vértices geodésicos, sobre los que nos apoyamos para referenciar los datos



geográficos, se encuentran firmemente anclados en tierra erigidos en hitos. Sin embargo Platón, interesado en lo celestial, apunta con su dedo índice al cielo, profetizando un hecho que se va a producir en los próximos años y que tú tienes la exclusiva de conocer ahora. Los vértices geodésicos, dentro de nada, ascenderán a los cielos y paradójicamente, estarán en continuo movimiento alrededor de la Tierra. Los vértices geodésicos se convertirán en vagabundos, satélites artificiales orbitando como partículas alrededor del globo. Una suerte de derwiches giróvagos en danza permanente, buscando la verdad objetiva de todo aquello que se asienta en la superficie terrestre. Y te aseguro que en el

siglo XXI las personas portarán en su bolsillo un artilugio que les proporcionará su ubicación en cada instante.

—Rafa me estás asustando. O bien sufres delirios, o bien has fumado hierbas alucinógenas. Además tienes el semblante de un colgado.

—Asumo mi enajenación. Pero lo que digo me fue revelado por una zarza ardiente cuando hacía observaciones geodésicas en lo alto de un cerro. Y no vayas a insinuarme que fue un sueño.

Volvió a la carga:

—Los empleados del Geográfico somos discretamente instruidos para cumplir nuestra misión con absoluta libertad. Ocasionalmente los maestros de la Academia nos tutelan con un enviado, que reconduce nuestros pasos si se produce una desviación del camino previsto. Si revisas tu historia, descubrirás que has compartido vida con gente que actúa como ángeles de la guarda delegados por Apolo y Minerva para orientarte en la misión que tienes asignada. Estos amigos tuyos son émulos dotados del espíritu de los sabios pintados en el fresco de Rafael en la «*Stanza della Segnatura*» del Vaticano. Un sopro divino les ha transmitido el legado de los genios representados en esa composición, que homenajea tanto a las ciencias como a la filosofía y por tanto a todo el saber humano.

—O sea, que mi vida ha sido un camino iniciático, guiado desde el Olimpo, para convertirme en dirigente del IGN— suspiró José abrumado por lo que acababa de escuchar.

—Ahí la llevas. Piensa que has tenido la suerte de conocer a gente que te ha ido aportando, día a día, el amor a la utopía que vas a tener que ejercitar en cantidades masivas.

Esa tarde una idea borboteaba en la cabeza de José, igual que un huevo cociéndose en agua hirviendo. Abrió el libro de Historia del Arte y buscó en el índice la época del Renacimiento. Rebuscando en esas páginas encontró el inmarcesible fresco «*La escuela de Atenas*» del maestro Rafael. Le encantaban sus colores renacentistas, esos tonos tan rabiosamente agradables a la vista.

Esa perspectiva que dotaba a la composición de una profundidad inacabable. También le agradaba el armonioso equilibrio entre las líneas verticales de la parte superior, que reforzaban la altura de las bóvedas y las líneas horizontales de la parte inferior, materializadas por los dibujos del enlosado y las escaleras. Sobre ellas se encontraba sentado un hombre leyendo embelesado, ajeno a su entorno.

Esa estampa le trajo a la memoria la excursión a Gaztelugatxe, y de pronto reconoció en el cuadro la cara de aquel hombrecillo que tomaba el sol. No podía ser. El mismísimo Diógenes, líder de los cínicos, o su sosias reencarnado en Vizcaya, era la persona que le había inducido, con su recomendación, a convertirse en funcionario. También reparó en Platón y Aristóteles con esos gestos como repartiéndose el universo conocido, la esfera terrestre para uno y la bóveda celeste para el otro. Para su sorpresa, reconoció el rictus de Gora en las facciones de un anciano Pitágoras concentrado, tintero en mano, en escribir con pluma sobre un tomo encuadernado, al estilo de los amanuenses de beatos y códices manuscritos. Situada de pie, inmediatamente por encima de



Pitágoras, descubrió la cara de pascua de Patti mirando al espectador. Era el rostro de Hypatia, la astrónoma de Alejandría que sufrió martirio defendiendo la filosofía frente a una jauría de fanáticos exaltados.

José empezó a sentir un sudor frío mientras buscaba la identidad de otros personajes del cuadro. Le sobrevino un vahído al ver que Ptolomeo estaba representado con una bola del mundo en la mano. Aunque el personaje se veía de espaldas, José lo identificó con Tolo que era un irreductible amante de los globos terráqueos y los exhibía desperdigados por su casa de Bilbao. Profundizando en la obra encontró junto a Ptolomeo la mirada fija de Rafa, reflejada en el autorretrato de Rafael, porque el de Urbino se hizo un cameo en la endiablada pintura. A medida que seguía contemplando le invadía un vértigo existencial que se incrementaba irrefrenable. Mientras aumentaba su taquicardia, alcanzó a ver que Michelangelo Buonarroti era como el hermano gemelo de Miguel Ángel. Además su escorzo en la pintura era idéntico a la postura en que su compañero de oposición estudiaba, sin tregua, en la casa de Colmenar Viejo.

Totalmente descolocado, pensó que estaba perdiendo el juicio y era incapaz de dilucidar si la verdad estaba en su mundo real o en la ficción que le transmitía semejante cuadro. Se imaginó a sí mismo como «*Jack Nicholson*» en la película «*Alguien voló sobre el nido del cuco*», sometido a *electroshocks*, encerrado sin salida y encaminado a la lobotomía. El terremoto de emociones alcanzó el clímax al fijarse en las dos esculturas que flanqueaban la parte superior de aquel compendio de amigos que dejan huella y que resumía su trayectoria vital. Eran la última prueba de lo que Rafa, su orientador, le había profetizado. Se trataba de Apolo, el dios de la luz, mostrando una lira en su mano izquierda. En el otro lado estaba Minerva, la diosa de la sabiduría, portando el escudo con la cabeza de Medusa que la convertía en invulnerable. ¿Será posible que el IGN se encuentre bajo el amparo de estas deidades?

José pasó una noche toledana, similar a la de Don Quijote en la venta manchega antes de ser armado caballero. No bien hubo llegado al trabajo se plantó en el despacho de su tutor.

—¿Sigues insistiendo en que he sido elegido por los dioses para dirigir los destinos del IGN?— preguntó José, compungido y con la voz anudada.

—Bingo. Lo has sintetizado en una sola oración interrogativa

—Pero si yo soy un desarrapado de barrio, y además no me siento preparado para tan titánica misión.

—Eso es lo que tú crees. Ya te echaron el ojo desde niño. Y te sometieron a prueba de forma delicada, ofreciéndote juguetes.

— ¿Juguetes? Pero si a mí los Reyes Magos jamás me trajeron lo que había pedido.

—Pues en sucesivos experimentos acertaste en la elección. Preferiste un compás en lugar de un revólver, una brújula antes que un coche de carreras, un tiralíneas mejor que un crucifijo y un mapa de España en vez de un capote de torero.

—Perdona Rafa. Esto es muy serio para mí. Haz el favor de argumentarlo en condiciones, porque las trazas de este asunto son tan surrealistas, que me siento protagonista de una película de Buñuel

—Te lo expondré más claro. Casi todas las acciones de tu vida están de Dios, han obedecido a la voluntad del cielo. Por si no lo sabías, los dioses son deterministas. En la vida, como en el buen cine, ninguna escena es gratuita, todo obedece a una trama preconcebida e inexorable.

—¿Entonces? ¿Acaso tengo la gracia de estar predestinado? ¿Voy a ser un villano transmutado en héroe? ¿Dónde está mi libre albedrío?

—Las respuestas son únicamente tuyas. En última instancia, tu destino solo te incumbe a ti.

—¿Sabes lo que te digo? Que como soy ateo, no creo en nadie omnipotente— aseguró José con la voz quebrada, en un desesperado intento por apartarse de semejante cáliz.

—Asume la herencia recibida. Cumplirás bien si te reconcilias con la imperfección sin desertar del ideal. En el viaje de la vida, la utopía permanece

en el horizonte y aunque avances hacia él, nunca lo alcanzas, lo realmente importante es seguir caminando al encuentro de la excelencia. Y aunque tú no lo sepas, esa es tu misión en este mundo.

—Me niego a creerlo. Los dioses solo existen en nuestra mente, son ideas resultado de procesos bioquímicos en nuestras neuronas, son un invento de los curas.

—Rebelde insensato. Como si a unos y otros les importara algo lo que tú pienses de ellos. Ahora debes aceptar que eres un comisionado para cumplir los designios divinos.

—Conforme. Me doy por enterado del papel que tengo asignado en esta película. Los héroes actuamos en el ámbito terrestre, el que concierne al IGN, y los dioses determinan todo desde el ámbito celeste, el que atañe al Olimpo— resumió, rendido ante el maremoto que le arrastraba hacia el futuro.

—«*Alea jacta est*»—sentenció Rafa, convencido de haber ganado la partida.

—¡Vaya hombre! La locución latina del César cruzando el Rubicón para conquistar Roma. ¿Tú sabías que los nombres de las calles del barrio de mi infancia eran topónimos hidrográficos? La primera vez que fui al colegio con la caja de galletas a cuestas, tuve que atravesar sucesivamente el Arlanza, el Zújar y el Guadalete. Tres vadeos a la ida y otros tres a la vuelta a casa. En mojarme el culo estoy más curtido que lo estaba el César a mi edad— respondió José en un alarde de orgullo desesperado.

—¡Genial! Porque el César es el paradigma del Poder y la onomástica lo asimila al concepto de emperador por excelencia. De ahí provienen la palabra alemana «*káiser*» y la rusa «*zar*». ¿Ves José cómo todo encaja?

José se sintió la última pieza por colocar en un hipotético rompecabezas diseñado desde el Olimpo. A continuación, la responsabilidad adquirida le obligó a dejarse de fantasías y bajarse de la nube. Entonces se acordó de Galileo Galilei abjurando de todas sus certezas, y como él masculló —«*Eppur si muove*».

La escuela de Atenas



Estrellas invitadas



Apolo



Minerva



Platón y Aristóteles

Gora es



Pitagoras

Patti es



Hypatia

Miguel Ángel es



Michelangelo Buonarroti

El bronceado es



Diógenes

Tolo y Rafa son



Ptolomeo y Rafael Sanzio

Oropéndola

Luis Benagulu

Oropéndola

Luis Benagulu

(De lo que no me gusta de mi misma)

Es lo que pensaba Oropéndola a menudo. ¡Eran tantas cosas!

No es que odiara los espejos. No se trataba de su sonrisa, no eran sus ojos verdes lo que rechazaba o su prominente nariz. Unos ojos de pájaro en un fondo gris.

Oropéndola era demasiado buena. De hecho le tomaban en ocasiones el pelo. Es lo que se debe hacer con la gente débil. Una mujer sentimental que se derrumba ante los sucesos y que pena por los demás.

Esa persona que emite una falsa imagen de fuerza y de resistencia, pero que solo oculta dolor. Durante años fue cargada de resiliencia. Esa capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos.

Es como si el Canon de Pachelbel con su sonido y belleza, ocultara la realidad. Porque poco a poco, aquel sonido iba haciendo desaparecer su resiliencia y transformándola de otra manera de ser ella misma. El Canon de Pachelbel continuaba sonando aunque por el camino se iban perdiendo algunas notas.



Ella se sentía como una de esas personas que gruñen, que ponen una cara seria a veces. En aquellos gestos se basaban muchos, para formarse una idea incorrecta. ¿Su empoderamiento desaparecía?

Olvidaban cuando era la chispa de las fiestas. Cuando se comportaba como la más generosa.

Esa sensación de desespero ante los problemas, era lo que más odiaba de sí misma. Su impaciencia ante el infortunio, su mala suerte ante el trabajo bien hecho. Y el trabajo fue lo que más la satisfizo. Defendía con tesón a todos aquellos que quería, pero esas personas campaban a sus anchas, libres. Aparecía la decepción. Muchos devolvían sus besos con un *collejón*. Menos su marido que la cuidaba y protegía. El acariciaba sus manos llenas de anillos con cariño.



La vida lo injusta que es, pero Oropéndola era puro sufrimiento. ¿Para qué era necesario ser tan generosa? ¿Por qué sufría tanto ante la pérdida de un ser querido? Odiaba esa actitud altruista ante todos aquellos que la necesitaban. ¿Cuándo iba a vivir para sí misma? ¿Qué es compartir la mitad de mis bienes? ¿Qué es conceder a los demás sus deseos? ¿Qué es dedicar tu tiempo? ¿Qué es dejar a los demás que opinen sobre tus defectos?

¡Qué el mundo está lleno de perfectos!

Esa batalla por la vida aprobada, no le conceden a los otros el derecho a nombrarnos con miles de adjetivos. Quizá algún día ella manifestaría a los demás su opinión y quizá temblara el misterio. Es que las poesías y los susurros a veces esconden los sufrimientos y las lágrimas de un ser humano. Hay risas que esconden llanto.

Oropéndola se escondía en el sexo de Onán o en el encuentro furtivo de una esquina oculta. Algo que nunca antes había hecho.

Es que los humanos necesitan algún respiro.

Continuaba esa angustia de protectora universal de su familia, le llenaba de padecimientos y penas. Cada vez más penas.

Es que la lucha constante por el bienestar familiar a veces puede ser desesperante. ¿Por qué luchaba?

Odiaba esa actitud altruista ante todos aquellos que no la necesitaban. ¡Es que eran tantas las cosas de sí misma que no le gustaban! Esa vergüenza de por qué hacía las cosas.

¿A quién le interesaban esos rollos que contaba? ¿Quién escuchaba sus historias? ¿Qué era importante de su vida, nada? Es que en eso se convierten todas las vidas, en nada. Se transforman en un disco duro lleno de información pero dañado por un virus informático.

Triunfa el silencio, el malestar y la propia incompreensión de nosotros mismos.

Cuando una mujer tiene tantas imperfecciones oculta su cara con una máscara, y hace pensar a todo el mundo, que a ella no le importa nada. Solo busca la tranquilidad a modo de defensa y gracias.

Oropéndola llegó allí acompañada de su marido. Dejaron sus objetos metálicos en una bandeja de plástico, monedas, pulseras metálicas y una cartera vieja. El guarda jurado les conminó a que atravesaran el arco. Un auxiliar les reclamó el carnet de identidad. Ella de una manera automática iba obedeciendo, cumpliendo los trámites requeridos sin que su voluntad ofreciese resistencia.

Les acompañaron a un despacho. Al acceder aquello parecía más bien un consultorio médico. Resultaba muy lioso un médico que no estaba vestido de médico.

Su esposo entró con ella y la doctora no puso ningún inconveniente. Había muchos papeles encima de la mesa, las consultas médicas suelen ser más asépticas.

En esto que la médico comenzó a formularle muchas preguntas.

«¿Cómo se llama usted?». «Oropéndola» contestó efusiva.

«¿Cuántos años tiene?». Ella miró a su marido y le preguntó «¿Cuántos años tengo?». Su marido no contestó, así que contestó ella: «21».

Las cuestiones seguían. Oropéndola no se planteaba por qué aquella extraña doctora que no conocía le planteaba tantas preguntas como un interrogatorio. A todo contestaba sin poner ninguna traba. En ningún momento preguntó por qué estaban allí. Él sí lo sabía. Incluso le pasó un test que Oropéndola contestó con afición.

Cuénteme un recuerdo suyo que sea repetitivo. «Mi marido y yo montando a caballo por la playa».

La profesional le preguntó: «Oropéndola ¿sabe usted quién es el presidente del gobierno?». Se quedó pensativa, nerviosa y después de un rato contestó con una pregunta: «¿Adolfo Suarez?».

«¿Sabe qué día es hoy?». «No sé, ¿25 de junio de 1979?».



Su marido también comenzaba a ponerse nervioso. «Cariño, estamos en 2019. Te lo he recordado antes, 11 de mayo». Ella, tranquila, mencionó: «¡Ah! Es verdad que me lo has dicho. ¿Sabe usted? estoy perdiendo mucha memoria».

Sujetaba un cuaderno en las manos como un tesoro. La doctora le preguntó «¿Qué es eso que lleva entre las manos?». Ella contestó, contenta: «Un estadillo de anotaciones con los ángulos y distancias medidos para una poligonal». La forense se quedó bastante sorprendida. «¿Es algo relacionado con su trabajo?». Oropéndola contestó sonriendo: «Sí, claro es de mi trabajo, yo soy topógrafa».

En ese momento la doctora se volvió hacia su marido y le dijo: «He visto que su mujer tiene 51 años». Abrió los ojos como una oropéndola: «¡Es verdad, tengo 51. No sé cuantos le he dicho que tengo». «No sé preocupe, pero explíqueme algo de su trabajo». El marido interrumpió: «Concretamente, ella es Ingeniera en Geodesia».

Oropéndola exhibió una gran sonrisa, de oreja a oreja, como feliz de hablar de lo que le gustaba. «Todo muy técnico. Yo hago una labor fundamental en todo proyecto de obra civil. Tengo mucha experiencia en la espalda, es mi mochila. Hacemos levantamientos topográficos; son una serie de estudios y análisis del terreno. Son datos que obtenemos importantes para la redacción de la información cartográfica que luego plasmamos en un mapa». Dominaba lo suyo y la doctora aunque no necesitaba más datos la dejó explayarse, ya que percibió que estaba disfrutando contando su experiencia. «Trabajo en una compañía topográfica dedicada a la construcción. Nos dedicamos a cartografía de mapas topográficos, obra civil, arquitectura, sistemas parcelarios, ingeniería forestal, geodesia y certificaciones. Nos necesitan para todo. Realizamos planos del terreno con mediciones GPS, luego los descargamos en un programa informático».

La doctora interrumpió: «¡Anda como el Google Maps!».

Oropéndola: «Se me ha olvidado lo que le estaba contando». «Oro, le estabas explicando tu trabajo». Su marido le puso una mano en la espalda, con afecto. «Ah...Replanteos inversos... Ah sí, situamos los límites de la obra y los

ejes desde los que se miden los elementos arquitectónicos. Cuando la obra avanza revisamos si lo construido está en los límites marcados en los planos de referencia». Volvió a interrumpir la forense: «Veo que le gusta mucho su trabajo, ¿y últimamente cómo le va?».

«Me va bien, doctora. Un poco saturada de proyectos».

El marido participó: «Como ya habrá leído en el expediente doctora, está de baja, porque olvida mucho las cosas, el trabajo se ha hecho imposible».

«Doctora, son muy exagerados; algunos errores los tienen todos». La forense contestó: «Lleva usted razón. Pero aquí estamos valorando si puede usted gobernarse por sí misma para proteger sus intereses. Veo que de su trabajo se acuerda a la perfección y habla de él casi con pasión. Antes le he hecho algunas preguntas y se ha confundido. ¿Siempre ha trabajado en esta empresa?». Oro contestó con alegría: «No, estoy en excedencia como funcionaria. Antes trabajaba en el Instituto Geográfico Nacional».

«¿Ah, sí? ¿Dónde está eso?». «En la calle Ibáñez de Ibero, ese edificio tan bonito, fue declarado *Bien de Interés Cultural*, es un monumento. Delante tiene unos árboles muy antiguos y altos. Depende del Ministerio de Fomento, allí pasé unos años felices. Pero ya ve la memoria me flaquea y de los recuerdos de allí poco a poco también me olvido. Mi marido dice que soy muy joven para olvidarme de todo. Él ahora es mi memoria».

Dígame que pensamiento, que recuerdo me ha explicado al principio. «No sé qué le he dicho».



El marido miró el móvil. Desde él, remitió unos informes médicos, PET, etc. al correo electrónico de la doctora. Presentaban diagnósticos claros. Por eso era necesario solucionar algunos asuntos. Por eso el marido estaba moviendo estos papeles en el Juzgado para incapacitarla.



Mientras estaban callados Oropéndola dijo: «Me gusta montar a caballo en la playa».

El marido explicaba preguntado por la doctora. Estando de baja, muchos días se escapaba a la empresa y en cualquier descuido se sentaba en la mesa de su sustituto y decía que iba a trabajar. Se le olvidaba que estaba de baja. Acudía al cajero automático para sacar dinero y lo gastaba sin orden ni concierto, lo que no había hecho nunca. Cantidades desorbitadas y propinas absurdas. En casa se le quemaba la comida y el marido estaba muy preocupado.

Diagnóstico, un trastorno neurodegenerativo devastador, Alzheimer. Comenzó no comprendiendo el lenguaje, con olvidos o retrasos leves de memoria. Dificultades para recordar una palabra o el nombre de alguien. Por ejemplo colocaba las llaves del coche en el congelador. Le dijeron que era necesario que continuara con sus actividades diarias, para que el declive fuese más paulatino, pero llegaba un momento que era incompatible con su trabajo. Su trabajo muy centrado en el cálculo, en la atención visual y espacial, estaba fallando. Ella comenzaba a ser incapaz de resolver operaciones aritméticas sencillas. No encontraba las palabras, no sabía abrir una puerta, no contenía sus emociones y era capaz de realizar varias actividades a la vez.

Sin contar un periodo inicial, antes de ser diagnosticada en el que tuvo una larga baja por depresión.

Oropéndola no se podía concentrar porque siempre estaba pensando en otras cosas. Procesaba la información de una forma deficiente. La ansiedad y el estrés, que interfieren en la manera en que fijaba sus recuerdos y en cómo los recuperaba.

«¿Tengo una curiosidad, Oropéndola, por qué le pusieron ese nombre?». «Pues de eso sí me acuerdo, doctora, mi padre nació en Orihuela, este pájaro amarillo sale en su escudo y siempre pensó que si tenía una niña se llamaría así y si nacía niño Oriol, que es como se dice el nombre en valenciano».

En Oropéndola, chocaba un discurso laboral bien estructurado, con lagunas cuando luego, en la fecha del día o el presidente del gobierno, se perdía. A la forense la dejó descolocada, aunque comprendió que la topografía era lo que más amaba.

Poco a poco el disco duro de Oropéndola ya no era un respaldo de datos. Su memoria *flash* fue perdiendo la información. Se redujo su capacidad de almacenamiento. Los datos guardados en su cerebro se habían convertido en fundamentales en su vida cotidiana y no se conservaban. No había manera de resetearlo, ni contenía fotografías, ni altimetrías, ni planimetrías, ni escalas, ni planos, ni coordenadas fijas, ni croquis, poco a poco, solo huecos.

Su marido, que la adoraba aunque era abogado y no tenía ni idea de la profesión de su mujer, algunas veces le daba largos paseos en silla de ruedas por la calle de Ibáñez de Ibero, otras le leía lo que se le ocurría sobre topografía: «Un instrumento de medición mecánico óptico que se utiliza para obtener ángulos verticales y, en la mayoría de los casos horizontales, ámbito en el cual tiene una precisión elevada. Con otras herramientas auxiliares puede medir distancias y desniveles. Es portátil y manual; está hecho con fines topográficos e ingenieriles, sobre todo para la triangulaciones». Oropéndola, que ya no recordaba el nombre de sus hijas, decía «Teodolito».

No le había tocado la lotería, aunque sí la bono loto de formar parte del 20% de enfermos de Alzheimer menores de 65 años.

Es que en eso se convierten todas las vidas, en nada. Aquel archivo en el que sólo se mantiene impresa la imagen a contraluz de dos personas montando a caballo en la playa en un día tímido de verano. Se transforman en un disco duro lleno de información pero dañado por un virus informático.

Soliloquio
de una ruina
María Paz Fanlo

Soliloquio de una ruina

María Paz Fanlo

Hoy he dormido mirando hacia el cielo y, como cada día, las estrellas se fueron apagando; cedió la negrura de la noche dando paso al azul en la ensenada de la bahía de Bolonia. Al contemplar el sol por el Este y sentir el viento de Levante, por un instante, me pareció que el tiempo se había detenido, que el tiempo no pasaba.

Antaño, pensé en la vejez como algo que nunca iba a llegar, yo sería eternamente joven y activa, pero no, así no son las cosas; aunque sigo viviendo en el mismo lugar, el mundo ha cambiado y ahora ni ganas tengo de abrir los ojos por la mañana.

Me desperezco, pero no he podido levantarme; acostada en mi suave ladera contemplo el paisaje del Estrecho de Gibraltar. Hacia el Poniente siempre la gran duna que, empujada por el viento del Este, veo como se va tragando poco a poco, a lo largo de los años, el pinar de pinos piñoneros; también contemplo el enebro, la sabina rastrera y la camarina y en los acantilados, la genista y los hinojos marinos. Hacia el Este, los matorrales, los pastos y pequeños asentamientos humanos, más ganaderos que agrícolas. Al Sur, el litoral de arena blanca y fina de la playa y luego el mar, ese mar en donde pescábamos los atunes a su paso por el Estrecho.

En cualquier caso, ¿de qué me serviría levantarme si todo a mi alrededor es destrucción y soledad? A pesar de todo, yo sigo resistiendo las heridas que me producen los fortísimos vientos que arrastran la sal y la arena, que golpean

mis piedras arañándolas; soportando el sol del verano y aguantando la lluvia cuando cae.

Salvo el geógrafo Estrabón, que me definió como un gran puerto de pesca y elaboración del *garum* en la Bética, en tiempos lejanos nadie habló de mí, como si yo no hubiera sido importante para la vida de muchas personas. Me llamaron Baelo, fui muy conocida desde el siglo II a. C. hasta el siglo IV en el que me abandonaron, pero todavía tengo mucho que enseñar a los hombres de ciencia que, comprendiendo mis desgracias, sacarán provecho para los años venideros.

Pero creo que es hora de comenzar mi historia por el principio.

Los tiempos, los hombres y las costumbres han cambiado desde que yo nací alrededor del s. VII a. C. Primero fui un pequeño enclave fenicio que servía para intercambiar productos de la región, tal y como fue el caso de la minería y las salazones de pescado, y como puerto intermedio y de descanso para los barcos que se dirigían a regiones más lejanas. Pasados varios siglos, a finales del siglo II a. C., los romanos me concibieron como un puerto marítimo estratégico para el comercio y el tránsito de personas entre Europa y el Norte de África.

Durante el siglo I d. C. el emperador Claudio me concedió el rango de *Oppidum Latinum* y me dio el apellido de Claudia, por lo que pasé a llamarme Baelo Claudia; entonces experimenté un gran crecimiento, tenía una muralla que protegía a mis habitantes y a mí de posibles invasiones; tuve tres acueductos, uno al Este y dos al Oeste, que servían el agua necesaria para los baños, las fuentes públicas y la industria de la salazón que requería mucha agua para limpiar el pescado; estos caminos del agua, muy bien contruidos, salvaban los desniveles del terreno y disponían de cisternas para depósito y clarificación del agua. Se construyó el foro, la basílica, las termas y todos los edificios públicos necesarios para la vida en una gran ciudad. Todo en mí era florecer hasta que en la segunda mitad de ese primer siglo, se produjo uno de los primeros movimientos sísmicos conocidos de mi historia.

Se oyó un trueno largo y ensordecedor anunciando el cataclismo; a continuación tembló la tierra bajo mis cimientos empujándome del Suroeste hacia

el Nordeste, se abrieron fallas profundas en la tierra y en el mar. Hubo deslizamientos del terreno que causaron el derrumbe de gran parte de la muralla, incluso se desplazaron las claves de los arcos en las puertas que quedaron en pie. Colapsaron algunos edificios. Los acueductos sufrieron daños de igual manera, en unas partes se vinieron abajo sus piedras y en otras, se desplazaron.

El mar inundó la ciudad y se dañaron los malecones del puerto. Tuvieron los hombres que reconstruirme, sobre todo la muralla que fue ampliada y la parte baja de la ciudad, la más cercana al mar.

A continuación pasé por un período de cierta tranquilidad y floreciente economía. En el centro de la ciudad, en la intersección de *decamanus* y el *cardus*, se erigía el Foro, siempre lleno de gente. ¿Y la Basílica? En la Basílica se impartía la Justicia y en ella se levantaba la monumental estatua de mármol blanco de Trajano. Cerca el mercado y las *tabernae*. A corta distancia, hacia el Oeste, se situaban el teatro y las termas, un poco más lejos, cerrando el conjunto, las murallas. En aquel tiempo el mercado tenía tiendas que abastecían de todos los productos que a cualquiera se le antojasen.

La vida giraba en torno a la industria pesquera, de lo que hoy ya no queda nada. Desde antes de nacer yo, los atunes de carne apretada, roja y sabrosa pasaban, como hoy siguen haciéndolo, por el Estrecho durante los meses de mayo y junio, los capturábamos con almadrabas y servíamos al Imperio Romano; les quitábamos la cabeza, las aletas, las tripas, lo cortábamos en lonchas y lo metíamos en sal para su conserva. Después en ánforas selladas lo enviábamos a Roma.

Otra de nuestras industrias más florecientes era la fabricación de la salsa *garum*, una salsa hecha a base de pescado, a partir del boquerón y la sardina o a partir de las vísceras de los atunes. Nuestro *garum* era una de las más apreciadas en la cocina romana y, también metida en ánforas, viajaba miles de kilómetros por el mar para el placer de los paladares más exquisitos de la Roma imperial.

Más tarde, cuando estábamos desprevenidos y nos creíamos a salvo de desgracias, sin aviso y de forma inexorable, las catástrofes llegaron destruyen-

do todo en un abrir y cerrar de ojos. Era ya el siglo III d. C. cuando, alrededor del año 265, otro seísmo hizo que los terrenos sobre los que me asiento se removieran; hoy dirían los estudiosos que la intensidad mínima sería la de una escala muy fuerte o desastrosa.

El caso es que se oyó un gran ruido, tanto que no se sabía si reventaba el cielo o se abría la tierra desde lo más profundo. Este segundo terremoto provocó una mayor destrucción que el primero, provocando la muerte de muchos de los que allí vivían. Los muros de los edificios colapsaron haciendo que las casas se vinieran abajo sepultando a las personas y sus enseres; los grandes edificios también se derrumbaron como la basílica y el templo de Isis; los pavimentos de argamasa se plegaron y los enlosados se fracturaron; en el teatro los contrafuertes quedaron desplazados y girados; la muralla y los acueductos, caídos en infinidad de puntos.

Estos no fueron los únicos daños, las aguas de la costa se alejaron dejando las playas secas, sus arenas olvidaron toda clase de peces; pasadas unas horas, la acción del tsunami arrojaba las aguas del mar sobre la tierra. Se rompieron los cabos de las naves arrastrando a los barcos pequeños hacia tierra junto con rocas y árboles; los barcos grandes, que estaban fondeados más lejos, quedaron a la deriva. Muchos de los habitantes, los que no habían muerto bajo los techos de sus viviendas, murieron por efecto de la gran ola. El agua salada anegó los campos de cultivo convirtiéndolos en estériles por muchos años.

Para los pocos habitantes que quedaron, pues murieron familias enteras, la aflicción no tenía medida y la ruina económica fue casi total, la ayuda de Roma para su reconstrucción no llegó nunca.

Si con el primero de los terremotos la ciudad se pudo reconstruir porque Roma todavía podía hacer frente a estos gastos, con el segundo no pudo ser así. El Imperio en el siglo III era en extensión cada vez más grande, pero como Estado cada día más débil; la conquista de las tierras de los bárbaros exigía defender las fronteras y el ejército se volvió más numeroso. La economía estaba estancada y se acudía a impuestos cada vez más altos. Los esclavos sustituyeron a los plebeyos y aumentaron considerablemente las gentes que tenían que vivir de las dádivas del Estado.

Pero mi vida como ruina siguió surcando los años y los siglos, siempre acompañada de eventos sísmicos, unos locales y otros cuyo origen estaba más lejos. Se especula mucho sobre mí y se cuestiona si yo sufrí en el año 365 d. C. el gran terremoto que destruyó gran parte de las costas de Grecia, Líbano, todo el Norte de África, Sicilia y España.

El historiador Amiano Marcelino (330–378 d. C.) relataba dicho terremoto con estas palabras: «al rayar el alba de dicho día, se sintió en las provincias granadinas y en otras del imperio un violento terremoto. Las olas del Mediterráneo hirvieron como en la más deshecha borrasca». Y continuaba: «Absortos los habitantes de la costa, vieron la profundidad de los abismos, que colmatados de agua estaban quizás desde el principio del mundo. Al cabo de algunas horas retrocedió la mar con ímpetu furioso; los buques, que habían encallado en la arena, fueron lanzados con irresistible empuje dentro de tierra, y estrellados algunos contra los edificios de las ciudades cercanas. Las aguas inundaron los pueblos de la ribera, ahogando a multitud de familias».

También se discute si en 1755, el conocido popularmente como terremoto de Lisboa me afectó, pues produjo un maremoto que modificó la costa desde Huelva a Algeciras.

No obstante lo vivido, yo no sé si califico con el nombre correcto los accidentes que he sufrido, ni puedo certificar con exactitud las fechas, pues la cronología es cosa inventada por los hombres, yo no conozco nada sobre geografía, ni sismología, ni tsunamis, ni cartografía de daños o escalas de magnitudes de los movimientos sísmicos, pero es cierto y juro que he experimentado mil y una vez estos sucesos y sus efectos. Me resignaré a seguir sintiéndolos, ya veo que es algo familiar en la vida de la Tierra, como es habitual que sigan retozando los arroyos, creciendo las plantas y volando las aves.

Dicen que soy de las ciudades mejor conservadas, que aquí se perciben las calles principales, la planta de los templos, las termas, el barrio industrial, las pozas para la preparación del *garum*. Estaré bien conservada, pero me siento vieja y paso por una etapa en la que solo recuerdo mis días de gloria; vivo una etapa en la que mi mente está solo llena de las vivencias del pasado y de los pasados días.

Si bien sufrí tantas desgracias, puedo seguir disfrutando de la espectacular ensenada de Bolonia, de una de las pocas playas vírgenes de la Bética, con su arena blanca, su agua transparente y fresca.

Así, acostada, lo que más me gusta es el más impresionante de los espectáculos que puede regalar la Naturaleza: la visión de las aves que me sobrevuelan en su paso por el Estrecho. En primavera vuelan hacia Europa para hacer la cría, alimentarse y huir del calor africano; una vez termina el verano realizan el camino de vuelta a sus lugares de invernada, entonces vuelven muchas más, las veteranas y las jóvenes, es un camino fatigoso y cuando llegan aquí todavía les queda lo más peligroso, los catorce kilómetros volando sobre el Estrecho; teniendo en cuenta que deben sortear los vientos fuertes de esta zona por lo que, a veces, hace acto de presencia la tragedia y algunas terminan ahogadas en el mar.

El halcón abejero, los alimoches, las águilas perdiceras y culebreras, el gavián o los admirados flamencos me saludan desde el aire. Un espectáculo que nadie me puede robar. Me siento como esos viejos que, abandonados de todos, acarician a su gato o a su perro, los únicos seres vivos que permanecen a su lado.

El cartógrafo
del agua
Nicolás Paz

El cartógrafo del agua

Nicolás Paz

El mejor cartógrafo náutico del mundo vive sobre tierra firme, en mitad del desierto, a más de ciento ochenta kilómetros de cualquier fuente de agua, se marea con sólo pisar una plataforma flotante y es alérgico de una manera singular, del todo desconocida, al líquido acuoso. Su casa —una pequeña cabaña de adobe y madera con enormes ventanales y un sistema de cimientos móviles— se levanta sobre una duna de arena y tierra que cada mañana le resitúa en el mundo con nuevas coordenadas. A pesar de esas particularidades, o precisamente por ellas, la especialidad profesional de nuestro hombre son las cartas batimétricas con indicaciones de la profundidad del fondo, obstáculos, naufragios y derrelictos. En sus indicaciones incluye corrientes, fondos de limo y escollos. El hombre que jamás osaría pisar océano, mar, río, riachuelo o simple charco radiografía los océanos con precisión cirujana en sus cartas y dibuja bajo el fondo de agua salada un paisaje de tierra plagado de valles, montañas y antiguos bosques hoy cubiertos de algas. Su pensamiento es de tierra, sus emociones son de tierra, su presencia es toda ella una oda en forma de huella en la tierra. Sin embargo, compañías navieras de medio mundo buscan sus servicios a pesar de la tecnología vía satélite, los geolocalizadores de última generación y demás artilugios de navegación moderna: ningún capitán con experiencia y pericia arriesga su seguridad y la de sus hombres a la sola luz de la tecnología y todos confían en Benjamín de la Cosa y Gama, digno heredero de sus predecesores, —tatarabuelo, bisabuelo, abuelo y padre cartógrafos— y de toda una saga de aventureros, conquistadores, aristócratas, investigadores y piratas que cruzaron el mundo siguiendo los mapas de la familia de la Cosa y Gama. Un hombre de tierra procedente de hombres de mar, como si

su existencia dependiera de una suerte de marea epigenética que recuerda todavía hoy el talento de otros.

De hecho, la mera inclusión de sus cartas náuticas en el diario de a bordo de una embarcación implica el pago de primas más bajas en las principales aseguradoras navieras, así que no hay profesional del ámbito del transporte marítimo, agente logístico intermodal, velero de recreo o armador de barco de pesca casi extinta que no pelee por incorporar su nombre como estandarte de seguridad y calidad. Consultor de vías rápidas y seguras, gurú de corrientes marinas, bancos de pesca y olas perfectas para surfistas de competición, Benjamín de la Cosa y Gama es un genio.

Pero la peculiar genialidad de este cartógrafo de arena y tierra no radica sólo en la brillantez y calidad de sus cartas náuticas, estudiadas con devoción y envidia por geógrafos y topógrafos en universidades de medio mundo, sino que dicha excelencia náutica está asociada precisamente a la rareza de una patología médica que le aleja del mar y de toda fuente de agua dulce o salada, anclándole a un paisaje exclusivo de tierra firme. Benjamín de la Cosa y Gama es hombre hecho de tierra que sueña con paisajes de agua. Va y viene, como las mareas o las marismas.

Seguramente los empiristas británicos, críticos impertérritos del pensamiento continental, señalarían el error de tal asociación en forma de relato lineal y achacarían esa circunstancia al puro azar, pero parece relevante señalar, y así lo marcan las enciclopedias médicas que han recogido su biografía, que el mejor cartógrafo náutico del mundo no pueda ingerir agua, tocar o rozar el líquido elemento, acercarse a cualquier fuente acuosa sin poner en peligro su salud y su vida misma. Un hombre a todas luces peculiar. No existe constatación alguna de la existencia de persona con enfermedad igual o semejante a Benjamín de la Cosa y Gama, hombre de tierra y sed infinita.

Benjamín de la Cosa y Gama no proviene de una única familia a la que achacar su peculiar naturaleza sino de dos familias unidas y emparentadas desde siglos. Podría decirse que su naturaleza, en cambio, es como la de esos lugares en los que se vincula el agua dulce y la salada o esas tierras donde uno no sabe si las huellas que deja son de ida o de vuelta. Ambas familias estuvieron, por otro lado y a pesar de sus diferencias, siempre vinculadas al negocio

marítimo de una u otra forma hasta que las sucesivas crisis de mercado y el tan consabido cambio climático las condenó al ostracismo financiero y la ruina. Una serie de tragedias personales y familiares posteriores apuntalaron su declive y las llevaron al refugio interior de la depresión y al exterior del desierto partiendo, como en un éxodo invertido, desde sus hogares junto a la costa, metáfora irónica del propio naufragio de una saga de hombres y mujeres de agua convertidos ahora en seres de tierra, hasta las profundidades del desierto.

Benjamín fue el primer de la Cosa y Gama que nació sobre tierra firme, a lo que achacan las leyendas el origen de su mal. Todos sus antepasados habían nacido por uno u otro motivo en un barco y habían sido educados en un mundo de agua y sal. Él, en cambio, fue un niño criado sobre tierra, al que su madre amamantó hasta casi entrada la pubertad con granos de tierra en los senos y cuyos baños realizaba, a falta de agua corriente, en lodos de tierra roja. Un niño que había desarrollado la insana capacidad de la supervivencia en condiciones extremas, sin ingerir líquido alguno y soportando temperaturas asfixiantes pero que, al mismo tiempo, era intolerante mortal a la molécula simple de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, y a todo lo que a ella hiciera referencia. Un niño que no bebía agua y que debía alimentar la necesidad de líquido a través de la fruta, la leche, los vegetales o, con el tiempo, una limitada tolerancia a los batidos y zumos especialmente preparados para él por el Instituto Médico Superior de Nutrición.

Durante muchos años, algunos investigadores sostuvieron que estábamos ante el nacimiento de una nueva evolución provocada por el cataclismo ecológico que habíamos sufrido: elevación constante de las temperaturas, subida del nivel del mar, inundaciones, desertización, pérdida de ríos, desaparición de los casquetes polares... El problema de la escasez de agua, pensaban, había dado comienzo al desarrollo de una nueva genética adaptada. Sin embargo, no encontraron a nadie como él en todo el planeta. Benjamín era único. El agua sólo entraba en su organismo por vía indirecta a través de la alimentación, pero jamás como mero sorbo del calmante universal de la sed y la angustia humana. Si los hombres y las mujeres del género humano estaban compuestos en tres cuartas partes de agua, la naturaleza de Benjamín debía ser exclusivamente de tierra, se burlaban sus hermanos. Y le habían hecho cientos de pruebas con aguas de todo tipo, extraídas de los manantiales más puros, de los lugares más insospechados y de los más comunes, mineralizadas,

desmineralizadas, procedentes de lagos, glaciares, ríos, marismas, desalinizadoras o incluso de las mismas probetas de un laboratorio de investigación construido ex profeso. Nada había servido.

La reacción de una simple gota en la lengua le hacía arder por dentro y estremecerse de dolor, el esófago pasaba semanas irritado y los espasmos musculares en el estómago y los intestinos eran insoportables, por no hablar de la torturadora tarea de evacuar aquella gota por el tracto urinario. Si alguien quería deshacerse de Benjamín de la Cosa y Gama lo tenía fácil, bastaba una gota de aquella molécula universal. Pruebas de ADN, resonancias magnéticas, laparoscopias, escáneres neurológicos, análisis, pruebas, observaciones, hipótesis y teorías falsables que sólo servían para constatar una realidad inexplicable: su divorcio absoluto del natural líquido acuoso y su apego absoluto a tierra firme. Esto incluía por supuesto las tareas higiénicas y aunque al principio había supuesto una auténtica dificultad para Benjamín, especialmente en el plano social, los avances médico-farmacológicos habían resuelto con bastante satisfacción el asunto. Un gel desinfectante y antibacteriano en estado de espuma gaseosa hacía las veces de agua y jabón. En verdad, Benjamín era probablemente el hombre más limpio y desinfectado del planeta, a pesar de no poder ducharse nunca ni tocar agua alguna. De vez en cuando regresaba a los baños en lodos de tierra roja, recuerdos de la infancia.

Yo, en cambio, recuerdo la vez que, por un fatal error, las gotas de agua del aspersor del jardín —cuando aún regábamos sin importarnos las consecuencias de nuestro despilfarro— fueron a caer en su brazo, produciéndole quemaduras en la piel nunca antes vistas. Fue horrible aunque marcó el comienzo de nuestra amistad adolescente. Benjamín no era un niño. La casa familiar de los de la Cosa y Gama colindaba con la nuestra, junto al paseo marítimo, antes de que ellos se trasladaran definitivamente al desierto y mis padres se divorciaran. Aquel verano que luego bautizaron como *el verano del no retorno*, la familia de la Cosa y Gama había hecho el intento de regresar a la casa familiar unos días con la vana esperanza de recordar o recuperar el viejo esplendor familiar pero no había resultado. El incidente del aspersor aceleró el proceso de huida definitiva y sepultó a toda la saga de nuevo en la soledad del desierto. Y fue precisamente ese verano cuando dejamos de ser extraños para convertirnos en los mejores amigos del mundo. No en vano me sentía culpable por aquel incidente pues yo había sido quien había encendido el riego con total inocencia y despreocupación.

Entonces fue cuando aquel muchacho sombrío, raro y antisocial del que mis padres contaban historias truculentas dejó de parecerme curiosamente el espécimen médico dibujado en las cenas familiares para mostrarse como el ser más singular que jamás conocería en mi vida. Entonces yo era un chico medio popular de instituto, ni demasiado engreído ni demasiado estúpido para parecer superficial pero lo suficientemente bien parecido e interesante para gustar a la mayoría. Así me había descrito Benjamín en cuanto tuvo la confianza para decírmelo unos días después del incidente del aspensor. Y, seguramente, no andaba desencaminado, porque no pude evitar sonreír ante aquella notoria incapacidad suya para la sutileza y las buenas maneras sociales. No me importó porque tampoco era yo un chico que se asustara con facilidad por las opiniones ajenas. Más bien estaba ya cansado de las mismas personas, las mismas conversaciones, las mismas fiestas y los mismos sueños de grandes negocios y grandes familias. Tan sólo la buena posición de mis padres en aquel entonces —antes de que llegaran las peleas constantes y sus nombres se asociaran a la lista de los grandes contaminadores— y los trajes de señorito que me regalaba mi abuela, entonces todavía senadora negacionista climática, podían hacerme parecer algo que ya no era. Nadie lo sabía, ni siquiera yo mismo, pero yo ya no era como mi familia. El mes de reposo obligatorio de Benjamín en la antigua casa de los de la Cosa y Gama, fruto de mi ignorancia y mis constantes visitas debidas primero a la culpabilidad, después al interés y finalmente a lo bien que nos hacíamos sentir juntos, consolidaron una fe y una confianza mutua inquebrantables. Aún hoy es al único al que echo de menos.

¿Cuándo cambió todo? Él y yo fuimos amigos durante muchos años. De hecho, creo que estudié Geología por él, por aquella pasión que transmitía cuando iba a verle a su casa en el desierto, cuando ya se trasladaron definitivamente, y por la paradójica belleza de la erosión que alimentó nuestras conversaciones y sueños. Y seguí visitándole mucho tiempo después. Nunca llegué a pertenecer al Grupo, aunque ahora viendo lo sucedido quizás debí hacerlo, quizás las cosas hubieran sido diferentes. De hecho, todo cambió con su ingreso y, claro, con lo del secuestro.

La verdad es que es difícil explicar por qué alguien como Benjamín acaba mezclado en todo eso. Quizás fue la primera vez que se sintió arropado por gente que le aceptaban como era, que no le veían como a una extravagancia del destino sino incluso, con el tiempo, como a un héroe. Es cierto que él lo

vio desde el principio, supongo que por su trabajo. Sabía que íbamos al desastre y que si no tomábamos conciencia, el mundo tal y como lo conocíamos acabaría para siempre. Es curioso cómo marcan nuestras vidas las historias de la adolescencia y la infancia. Comenzó haciendo mapas, diseñando rutas de huida, buscando los mejores lugares para esconder las barcas, creando documentación falsa, etc. Hacía lo que habíamos hecho muchas veces como un juego en su casa, en algunos de los mejores momentos de mi vida. En poco tiempo aquello que había sido un juego le convirtió en el mejor cartógrafo del mundo y las universidades le llamaban para impartir conferencias cada mes. Le venía de familia pero sin duda él era el mejor. Podía viajar, recabar información, dibujar con exactitud, cartografiar todos y cada uno de los objetivos e intereses necesarios para el Grupo sin levantar sospechas. Además, en sentido estricto, ni siquiera era un activista, al menos nadie lo sabía, quién iba a sospechar de él. Es verdad que el accidente de sus padres en aquella avioneta debió ser el momento que transformó la excentricidad de su soledad en el desierto en una condena. No pude acompañarle en todo aquel dolor porque, bueno, fueron años duros también para mí. Fue cuando mis padres fueron acusados, estábamos todo el día en la prensa. No digo que no se lo merecieran pero para nosotros fue muy duro, acabó con nuestra familia. Luego vino el divorcio y todo lo demás. Todo cambió cuando secuestraron a aquellos empresarios, no recuerdo ahora sus nombres. Podían haber sido mis propios padres. Benjamín compartía los ideales del Grupo, el romanticismo de la lucha ecologista, la posibilidad de ser un hombre de acción y no sólo de trabajo y estudio, pero algo debió suceder. Nunca llegó a contármelo del todo.

En mi opinión, se sintió identificado con él, empatizó demasiado, creo que dijo una vez en una entrevista. La cuestión es que fue él quien le liberó. Cuando le encontraron llevaba un mapa de caminos y carreteras dibujado a mano y con una precisión milimétrica, hecho a escala. Era de Benjamín, sin duda. Por eso le mataron. Claro que nadie pudo probar que habían sido ellos, me refiero a los del Grupo. Cuando matas a un hombre con un vaso de agua no hay memoria. De hecho, creo que nadie ha incluido nunca su nombre ni en un bando ni en otro.

Da igual. Pero, ¿sabe una cosa? Una vez me dijo que las mejores cartas náuticas que había dibujado eran de mares que todavía no existían. Creo que de eso va esta historia de la que tanto hablan ahora unos y otros. Sí, me refiero

a eso de la paz. Benjamín hubiera dibujado un mapa que nos hubiera llevado allí, a ese lugar que todavía no existe. Por eso le decía que es al único al que echaré de menos, a Benjamín de la Cosa y Gama, el mejor cartógrafo del mundo, el hombre de tierra que dibujaba mares, que inventó eso de la reconciliación antes de que siquiera fuéramos capaces de imaginarlo. Y, ¿sabe una cosa? Al final encontró agua, cuando ya todos habían perdido la esperanza. Por eso vengo aquí todas las mañanas, hasta esta fuente, guiado por su mapa.

Es un volcán

Noel Armas

Es un volcán

Noel Armas

—Jooo, Rubén, ya estoy cansado de subir toda esta ladera ¡quiero parar ya!

—Ya está bien, deja de quejarte, no queda nada para llegar a la cima.

—¡Hombre, claro! Si yo tuviera las piernas tan largas como las tienes tú, también subiría como un cohete, ¡oye, Rubén! ¿Los cohetes son rápidos? Quiero decir ¿cómo de rápidos son?

—¿Sabes que Sultán no se quejaba tanto cuando lo sacaba de paseo por aquí...? —le espeté tratando de que se diera cuenta de que me sacaba de quicio con tanta preguntadera.

—¿En serio me estás comparando con Sultán? ¡¡Yo no soy un perro!! —protestó enérgicamente—.

—Tranquilito, eh— le dije firmemente, parándome de repente y mirándolo con seriedad.

Aquella era la primera vez que llevaba a mi hermano pequeño hasta lo más alto de la Montaña de Taco, aunque yo ya me sabía el camino de memoria tras años de haber recorrido sus laderas con el entrañable Sultán, la mascota de la familia, que tras una juventud perruna de lo más animada había alcanzado la apacible senectud animal. Para llegar hasta allí, el paseo desde casa suponía en primer lugar recorrer las calles del barrio, un populoso vecindario donde

había pasado los veintidós años de mi vida, y del que iba a separarme en unas semanas para mudarme a Madrid y desempeñar el que sería mi primer trabajo. Fueron unos días muy extraños, cargados de ilusiones y nervios ¡aún no podía creer que el Instituto Geográfico Nacional me hubiese concedido la beca para trabajar todo un año con ellos! Por aquel entonces, mi hermano pequeño, que acababa de cumplir diez años, quería que lo llevase de una vez por todas a la Montaña de Taco. Se había enterado unas semanas antes, por los hermanos de sus amigos, de que yo solía llevar a Sultán a dar sus paseos por ese paraje y ¡ya se sabe! estos críos siempre quieren imitar lo que hacen los mayores de su alrededor, especialmente cuando no se les permite. Para ser sinceros, no era de extrañar que mis padres nunca le hubiesen dejado ir solo a la Montaña de Taco, la verdad es que el impresionante tajo que se descubre en su cima podía ser fatal si una bocanada de ese aire incesante tan propio de la isla arremetía de repente. Todavía hoy estoy seguro de que nunca hubiesen aceptado que me llevase al pequeño Rubén a aquella excursión, así que tuve que asegurarme de que sería nuestro secreto de hermanos para poder llevarlo conmigo; sin embargo, con lo que no contaba era con que el principal problema sería su exasperante lentitud para superar la cima.—¡Venga, vamos!— indiqué reemprendiendo la marcha, con lo que en apenas unos minutos alcanzamos ese imponente pilar que indica la llegada al techo. Mi hermano pequeño, azorado por el esfuerzo estaba ávido por leer la plaquita oxidada que se encontraba al pie del pilar.

—¿Qué diceeee? Ins...tituto.... Geo... gráfico.... ¡Nacional!— exclamó mi hermano al descifrar el nombre del organismo entre los restos del óxido que los años a la intemperie le habían acabado añadiendo a la leyenda del pilar— ¿esta es la gente que te llamó para irte a Madrid, verdad?— respondió orgulloso.

—Sí, exacto. Ya queda poquito para que me vaya con ellos.

Mi hermano se me quedó mirando un instante. Ciertamente, nunca se nos había dado bien eso de decirnos palabras de despedida ¡supongo que serían cosas de chicos! Así que en ese momento me pareció oportuno hacer algo más instructiva la visita, con lo que bordar mi papel de hermano mayor.

—Mira, este pilar se llama Vértice Geodésico que colocó aquí hace mucho tiempo un organismo autónomo del Minis..., o sea una gente del gobierno —rectifiqué comprobando que fruncía el ceño sin entenderme—, y bueno esta

señal sirve para muchas cosas: para ayudar a confeccionar los mapas, a calcular los desniveles del terreno, a determinar cuánta altura hay desde esta cima hasta el mar...

—Guaaaaa ¿y cómo saben qué altura tiene la montaña con un «vórtice geográfico»?

—Jajaja, se dice «vértice geodésico» —le corregí sin poder evitar sonreír— y se averigua mediante unos cálculos, Rubén... dentro de unos años te dejaré leer mis apuntes para que lo entiendas.

—¿Te enseñaron en la universidad cómo medir la Montaña de Taco?— me preguntó absorto.

—Sí, Rubén, algo así... —le respondí complaciente— ...me enseñaron cómo medir la altura del volcán.

—¿Volcán? ¿Qué volcán? ¿El Teide?

—También, claro... pero me refiero a este volcán.

—¿Cómo? ¿Estamos sobre un volcán?

—Claro, Rubén, todo esto que ves a tu alrededor son volcanes... ¡Vivimos en islas volcánicas! Aunque la gente la llame Montaña de Taco estamos en un volcán, cómo la Montaña Roja en el sur, o la Montaña Reventada... o incluso la Montaña Pacho— le dije mientras le señalaba hacia el interior de la isla los terrenos llenos de maleza de ese volcán, casi completamente urbanizado y aparentemente dominado por un montículo de piedras, ladrillos y torres de alta tensión.

—¡¡Qué horror!! ¡¿Y si estalla ahora mismo?!

Me encogí de hombros sonriendo. Ciertamente, no me hizo falta verbalizar un «qué quieres que te diga, tendrás que vivir con ello, es lo que hay». De hecho, me percaté en ese momento de que, con sus diez añitos, ya mi hermano empezaba a ser lo suficientemente mayor como para darse cuenta de

que si yo no me preocupaba de que ese volcán entrase en erupción es porque, tal vez, nunca íbamos a ver suceder ese fenómeno en el barrio de nuestra infancia. ¿No es curioso? Los diez años de edad con que contaba mi hermano no suponían ni un suspiro a lo largo de la existencia de la Montaña de Taco ¿qué posibilidad había de que justo estallase en ese momento de su longeva vida, coincidiendo con nuestro efímero paso por el mundo?.

Y sin embargo para mí, sí significaban mucho las primaveras que pasé sobre el volcán. Desde mi pubertad, ya solía escaparme a la Montaña de Taco. Me encantaba subir hasta allá arriba, sobre todo cuando podía salir a pasear con nuestro viejuno Sultán, y pasar un buen rato de tranquilidad observando el amplio paisaje, absorto en mis pensamientos, perdido entre mis divagaciones (adolescentes primero, juveniles después), reconectando conmigo mismo en la soledad que conseguía alcanzar por encima del bullicio de esa pequeña ciudad de Santa Cruz de Tenerife. Mi hermano, ignorando ya el antiquísimo pilar que colocase el Instituto Geográfico Nacional, se aproximó al borde, donde comenzaba el afilado tajo que repentinamente partía la cima para hacer de aquella Montaña de Taco un medio volcán.

—Se ve toda la isla.

—¡Oye, no te asomes! ¡Ven acá, que es muy peligroso! —Le espeté agarrándolo de la camiseta y trayéndolo conmigo por si no le apetecía hacerme caso, como de costumbre, y poder proseguir con mi explicación.— ¿Sabes? No está claro del todo pero seguramente los guanches llamaron así al volcán porque, en su lengua, la palabra «taco» quería decir «mirador»— le expliqué.—¡Pues sí que sabes cosas! ¿También te lo dijeron en la universidad?

—Eso no... eso no —confesé extrañado por esa pregunta.

—Es que eres muy listo —me respondió con aparente burla.

—¡¡Anda, no seas pelota!! Entonces qué ¿te gusta mi lugar secreto?

—Sí... me encanta, ahora me toca cuidarlo a mí ¿verdad?—Sí, Rubén... ahora este es nuestro lugar secreto, y tenemos que cuidarlo los dos. Nunca te asomes por la cima, ni lo ensucies, ni lo destroces... simplemente disfruta de él.

—¡Trato hecho!— respondió encantado.

Y no era para menos. Era innegable que aquel lugar como refugio era un rincón envidiable. Desde la cima las vistas eran increíbles. Se veía toda la ensenada en la que crecía esplendorosa la ciudad de Santa Cruz, y esas calles y calles que combaten el fuerte desnivel hasta llegar a La Laguna, como los brazos de un titán que pesadamente se impone por toda la ladera. Tras la ciudad se podía observar la cadena de valles que se intercalaban en el macizo de Anaga, compitiendo por toda la reserva por ser el valle más bonito en una armoniosa sucesión de valles hasta el final de la isla. Y a nuestras espaldas, la dorsal de la Esperanza, perfectamente visible, testigo hace varios siglos de la fuga de los castellanos, huyendo de la emboscada de los aborígenes. A este respecto, aún me pregunto de cuántas cosas será confidente este volcán, el de Taco... durante mi vida yo había compartido con el volcán algunos de los cambios en la ciudad. Aunque para ser sinceros, nunca habría dicho que el paisaje hubiera cambiado demasiado: tal vez algunos edificios por su falda, el inicio de una carretera que nunca terminó de ejecutarse en las inmediaciones..., pero poco más ¡yo ni siquiera había conocido el propio volcán antes de que se derrumbase la mitad de su estructura hace apenas unas décadas! Uno de sus hitos más recientes y yo ni siquiera lo había presenciado. Sin lugar a dudas, la vida de este volcán había atestiguado una cantidad de acontecimientos tan extensa que me era muy complicado hacerme una idea de su medición exacta, así que poco podía explicarle a mi hermano a ese respecto. ¡Qué ironía! Yo, por el contrario, sí tenía una posibilidad con la que no contaba el volcán, me podía mover, viajar, conocer otras realidades... precisamente lo que me disponía a llevar a cabo en pocas semanas. ¡Claro que estaba nervioso! Aprovechar la beca del Instituto Geográfico Nacional... sólo verbalizarlo me daba vértigo porque suponía mudarme a la capital. No a Santa Cruz, no a Las Palmas, sino a la capital capital: a Madrid. Estaba seguro de que los primeros meses serían muy duros, de que echaría de menos a mi hermano, a Sultán, tal vez a la Montaña de Taco que no es montaña sino volcán, y a la que desde luego no le parecería ni un parpadeo el tiempo que me iba a trasladar a Madrid...

En fin, en estas divagaciones acerté a ver una figura envuelta en un chándal, con un perro, ascendiendo desde la falda del volcán. No era difícil verla dado que la vegetación de ese entorno apenas llegaba a la cintura de un adulto. Por un instante, me recordó a mis ascensos con Sultán, pero pronto se me

desdibujó el símil al comprobar que la persona que se acercaba era una señora jadeante haciendo sus ejercicios, tal vez por recomendación de su médico.

La señora en chándal tardó un par de minutos más de lo que tardamos nosotros en alcanzar la cima. Nunca supe porque estaba maquillada, y porque se ponía perfume para caminar por un paraje, como si no hubiera insectos que la pudieran molestar atraídos por el olor.

—Jesús, madre mía con la montaña esta....— rezongaba la señora.

—Señora, que no es una montaña... —le espetó mi hermano, con sorna— está claro ¡es un volcán!

—Jesús, Jesús, la montaña.... —repitió mientras nos saludaba con un gesto sonriente y se apostaba cerca del Vértice para disfrutar la vista.— ¡Hay que ver! ¡Qué cosa más bonita, esta Santa Cruz!— exclamó mientras recuperaba algo de aliento y reemprendía su marcha de vuelta por el paraje.

—Ni respondió, la señora —se quejó mi hermano entristecido por el escueto saludo de la mujer.

Para que cayese en la cuenta, le señalé con la barbilla a la señora, que ya estaba de espaldas a o nosotros, cada vez más lejos por la vereda, y le hice señas de que mirase a su oreja, donde llevaba un auricular que le había impedido escuchar a mi hermano, pensando tal vez que simplemente le había saludado a su llegada a la cima.

—Ah claro... no me oía... entonces no sabrá que esto no es una montaña...— respondió apenado.

Me incorporé y me limpié el polvo de la ropa, lo que imitó mi hermano pequeño.

—A veces, no conocemos la realidad por no querer atenderla— le consolé. Me respondió con una cara de resignación, aunque no sé si en ese momento él entendió lo que le había querido decir.

Comenzaba a tornarse naranja el color del cielo, y era preferible regresar antes de que se hiciese de noche. Ese bautizo de colores sobre la ciudad, mientras las últimas luces del día juegan a colarse entre los recovecos de los valles de Anaga siempre me había parecido una sensación mágica, como si los últimos rayos apurasen los coletazos del día antes de dar paso a la tibia noche insular.

Sin dejarnos sorprender por el espectáculo, del que ya disfruté yo y disfrutaría él a partir de entonces, reemprendimos la marcha de vuelta a casa. Me sentía contento de haberle enseñado por fin a mi hermano ese lugar tan especial que ahora le tocaba disfrutar a él en mi ausencia, como si le hubiese otorgado el testigo a una nueva generación de los sitios y experiencias que ya me tocaban legar.

Descendimos por la ladera y alcanzando casi el final de la vereda, percibí que no había ni rastro de la señora de la cima. Ya habría alcanzado las calles del barrio aunque, sin saberlo, también se había internado en la curiosidad de mi hermano. Han pasado muchos años, y sin embargo, aún me acuerdo del entrañable ensimismamiento con el que Rubén, en murmullos casi inaudibles, no paraba de repetir su nueva lección: *que no es una montaña... es un volcán.*

La fotografía

Maximiliano Sacristán

La fotografía

Maximiliano Sacristán

La noche del trece al catorce de enero de 2005, Eduardo Giménez no pudo dormir. Dio muchas vueltas en la cama, ilusionado como cuando era un niño y el seis de enero, con la promesa de los regalos de los Reyes magos, estaba por amanecer. La fantasía había invadido su mente otra vez. Nadie, a decir verdad, creería que un adulto de casi cincuenta años de edad podría perder el sueño por algo tan... inocente. A sus vecinos de la torre donde vivía ninguna noticia astronómica podría desvelarlos, salvo, por supuesto, que fuera la de un asteroide con pretensiones de extinción...

Es que al día siguiente una sonda robótica bautizada Huygens descendería sobre un satélite de Saturno. Y eso era mucho más que lo que cualquier historia de ciencia ficción podría darle: un mundo nuevo, completamente desconocido. La nave se llamaba así en honor al astrónomo holandés que, justamente, había descubierto Titán, el segundo satélite más grande del sistema solar. Tal era el motivo de su desvelo.

El hombre, de profesión mecánico, se había aficionado a la astronomía cuando a sus diez años presenció por televisión la retransmisión en directo que mostró al primer hombre pisar la Luna. Y aunque ahora muchos dudasen de la veracidad de aquel desembarco espacial en blanco y negro, Giménez seguía creyendo que sí, que el hombre ya había llegado a la Luna. Desde entonces, mediante revistas de divulgación o videocasetes en VHS, él había seguido las alternativas de las misiones espaciales que comandaba la NASA: las ya míticas Voyagers, las Vikings, las Mariners... También las sondas Venera, toda una fa-

milia de naves rusas acosando Venus. Atesoraba una carpeta con recortes de artículos y fotografías, desde aquella primera fotografía de Marte sacada por la Viking Lander I que mostraba la planicie Chryse. Esa primera foto de la superficie del planeta rojo lo había fascinado. Era otro mundo, y no el producto de la imaginación de algún guionista de ciencia ficción; no, ese desierto era real, y estaba más allá de este mundo.

Pues bien, su imaginación estaba lista para fascinarse otra vez cuando la sonda enviada por la Agencia Espacial Europea penetrase la densa atmósfera de nitrógeno de Titán, ese satélite gigante de Saturno que no se dejaba observar por los telescopios. ¿Cómo sería su superficie? La sonda de descenso venía preparada para cualquier circunstancia que hallara. Para ser sinceros digamos que, más que los descubrimientos científicos que hacían las naves orbitales, lo que el mecánico realmente esperaba se emparentaba más con la literatura: él quería ver imágenes de nuevos mundos, quería que la realidad le ganase a la ficción especulativa. Por eso seguía con especial atención las misiones que cargaban dentro de ellas sondas de aterrizaje.

La madrugada del catorce de enero hacía mucho calor en Buenos Aires. Era una noche despejada y sin viento. Después de dar vueltas en la cama, transpirando las sábanas, Giménez se levantó, se vistió y dejó su apartamento, aunque no el edificio. Subió por las escaleras de servicio los cuatro pisos que mediaban con la terraza. El cielo de verano le recordó las noches en su pueblito natal, donde se había aficionado a reconocer las constelaciones del hemisferio sur.

Aquí, en la gran ciudad capital, las estrellas quedaban borroneadas tras la contaminación lumínica. Sólo unas pocas formaban las figuras completas. Allí estaba el cazador Orión; junto a él, la estrella Sirio dibujaba al Perro mayor. También pudo reconocer a la vieja Aldebarán, esa estrella gigante roja que formaba parte del eterno cuerno del Toro. Pero aunque atisbó un buen rato, no consiguió identificar a las Pléyades, ese cúmulo abierto tan bello, un hervidero de estrellas que en el campo los viejos llamaban «Los siete cabritos». Sin darse cuenta encontró a Saturno, un astro amarillento navegando por el callejón de la eclíptica. «Los planetas no titilan», aún recordaba la enseñanza de su padre, un peón rural casi analfabeto que sin embargo era muy buen observador. Giménez se quedó mirando fijo el planeta. El punto frío en el espacio

lo hizo sentir más solo de lo que estaba en la terraza de la torre. Allí, pensó, en pocas horas lo humano se hará presente otra vez, un objeto extraño descenderá lentamente hasta posarse sobre una tierra desconocida. Lo pensó y la piel se le erizó de la emoción. Prefirió volver a la cama. Necesitaba dormir unas horas para que la jornada en su taller mecánico no se le hiciera cuesta arriba.

La mañana siguiente, viernes, corrió hasta el quiosco de periódicos más cercano, y aunque revisó todos los matutinos no encontró repercusión de la misión Cassini. Ni siquiera en las últimas páginas. Sabemos bien que la astronomía «vende» si algún asteroide acechante promete un desenlace dramático para la comedia humana. Pero el motivo era otro. Era todo muy reciente: la diferencia horaria, el tiempo que tardaba en llegar la primera fotografía, el tiempo que tardaría en ser decodificada, publicada... El mecánico prefirió concentrarse en su trabajo, no quedaba más remedio que esperar un día más.

El sábado sí tuvo novedades. No necesitó abrir un periódico de alcance nacional para ver la fotografía, que ocupaba una columna lateral de la primera plana. Fue hacia una página interior y conoció la primera imagen de Titán. Mostraba una planicie anaranjada de un suelo esponjoso. Piedras, al parecer de hielo, se dejaban ver en primer plano. La atmósfera del satélite saturniano parecía envuelta en una bruma, como si ese mundo existiera debajo del mar. Era la única fotografía que ilustraba la llegada de la sonda. El aficionado a la astronomía quería más. Y allí, de pie, entre un gentío que iba y venía por la vereda en sus quehaceres mañaneros, ante la mirada del diariero que esperaba cobrar por el ejemplar que sostenía, Giménez leyó el artículo a cuatro columnas. Un redactor anónimo informaba que ésa era la primera y última fotografía que la Huygens enviaría desde la superficie de Titán, pues se había gastado gran parte de su energía durante el lento descenso, recopilando información sobre la atmósfera del satélite. Apenas le quedaron fuerzas para retratar el paisaje titaniano una sola vez.

Cuando levantó la vista de la página encontró la mirada del vendedor, que desde detrás de su búnker de metal parecía decirle: «El periódico que usted se ha puesto a leer aquí está a la venta. Ésta no es una hemeroteca pública...». Giménez pagó el ejemplar de inmediato, se lo enrolló debajo del brazo, saludó y se encaminó hacia su trabajo.

Hay que reconocer que este amante de los mundos no quedó del todo conforme. Más allá de que una parte de la misión de la ESA había resultado exitosa, y de que la verdadera cara de ese satélite esquivo a los telescopios por fin había sido revelada, él esperaba más. ¡Tanto viajar hasta allí, tanto esfuerzo de la tecnología... para una sola fotografía!

En los ratos libres que le dejaba su oficio, mientras aguardaba que los clientes llegaran a su taller, el mecánico repasó más tranquilo el artículo de divulgación, «para todos los públicos», que la prensa no especializada local había reproducido de alguna agencia de noticias europea. Se enteró de que la temperatura de la superficie de Titán era de ¡ciento ochenta grados bajo cero! Por un momento fantaseó con caminar por esos valles, con contemplar los ríos de metano líquido que surcarían la superficie... Se quedó dormido con los pies apoyados sobre el escritorio de la diminuta oficina. Soñó que, dando saltitos dentro de un traje espacial blanco, escalaba un promontorio rojo y congelado, y que al llegar a la cima descubría un mar de metano. El espejo de agua plateado y viscoso iluminaba el cielo amarillento y le cegaba los ojos, detrás del visor de su escafandra. Una gruesa lluvia de metano comenzaba a bañarlo con goterones grandes como monedas. Unas nubes bajas, de color turquesa, lo envolvían, y su traje comenzaba a virar del blanco al gris... De repente lo estremeció una bocina anómala. Era uno de sus clientes que, asomando su coche al garaje, anunciaba a Giménez de que tenía trabajo, de que era hora de renunciar a sus ensueños y comenzar con la jornada laboral. Dejémoslo, entonces, con su rutina de pequeño burgués.

Como a tantos de nosotros, a este personaje le tocó nacer en una época equivocada. Quizá dentro de doscientos años, él hubiera podido pagarse un boleto de segunda clase hacia Europa, no hacia el continente de sus antepasados, sino hacia el satélite congelado de Júpiter, y pasar en ese mundo blanco un fin de semana de aventuras. Pero aquí estamos, estancados en la dimensión de un tiempo melancólico donde los viajes espaciales tripulados son aún una utopía, donde se duda de que la humanidad haya llegado siquiera a su única luna, y donde una sonda robótica lanzada hace cuarenta y dos años (y que milagrosamente sigue funcionando) aún no ha alcanzado los límites últimos del Sistema solar...

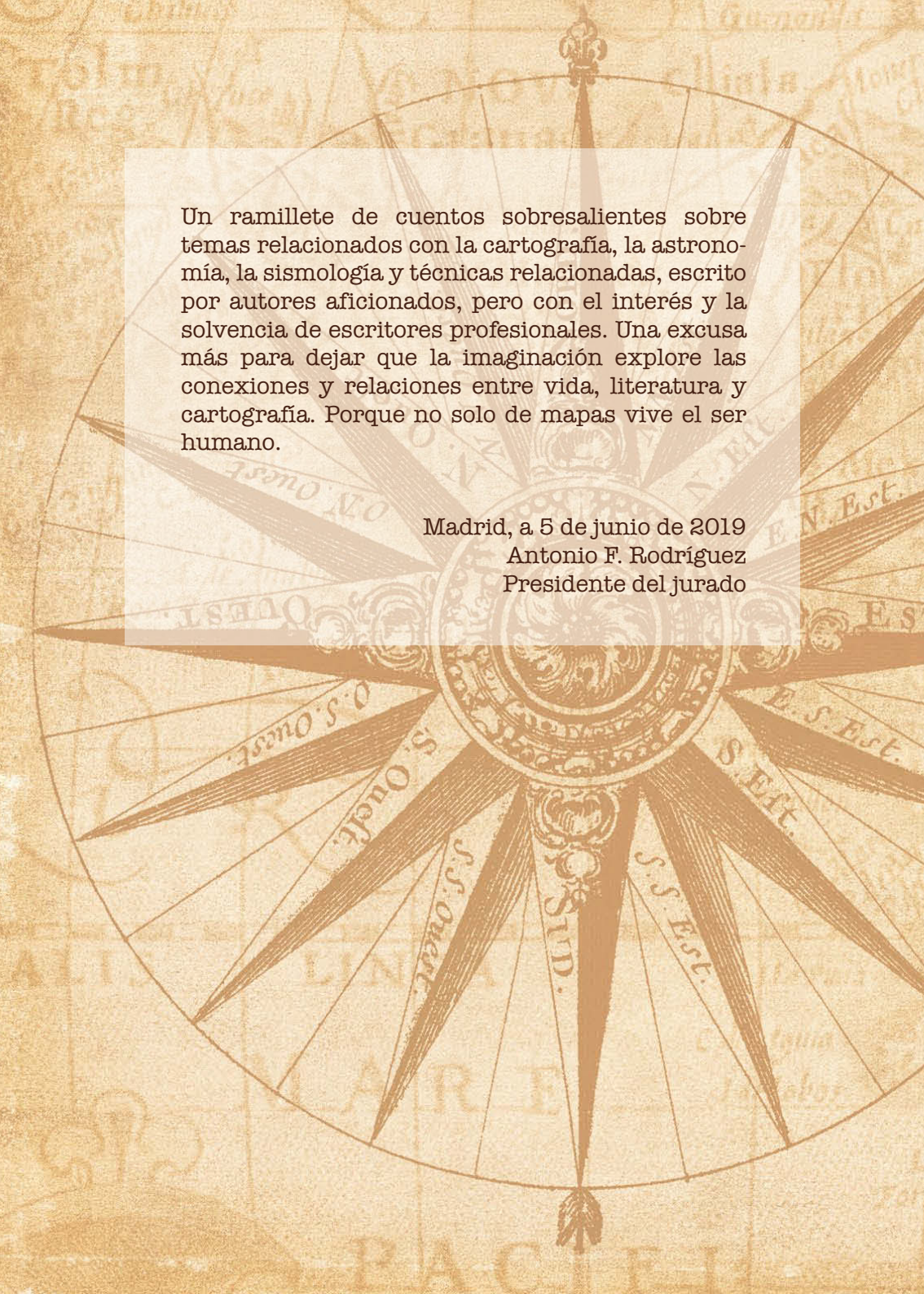
En este punto el relato, hasta aquí realista de cabo a rabo, pega un giro de ciento ochenta grados. Porque tres años después de lo narrado, en otro enero

tórrido, mientras Giménez observaba las estrellas en la terraza de la torre que lo albergaba, fue abducido por extraterrestres. Sí señores. Así como lo oyen (o lo leen).

Una luz poderosísima lo encegueció, y acto seguido despertó recostado sobre una camilla reclinada, como la de los odontólogos. Se encontraba dentro de una habitación circular cuyo aspecto parecía el interior de una nave. A su alrededor había cuatro humanoides que, de pie, lo observaban en silencio. Salvo por los ojos saltones y la ausencia de pelo, en nada se diferenciaban de un humano. Sus caras, carentes de toda gestualidad, no parecían comunicar emociones. Le hablaron telepáticamente para tranquilizarlo: nada malo iba a pasarle. Le extrajeron sangre del brazo y un poco de piel de su muñeca, tal vez como muestra para extraer el ADN. Cuando terminaron los experimentos, la misma voz neutra volvió a hablarle dentro de su cabeza en perfecto castellano: le concedían un deseo. Giménez tardó en comprender lo que le proponían. Cuando lo hizo, no lo dudó, y con la voz de su consciencia dijo: «Caminar por Titán».

En un pestañeo, a una velocidad vertiginosa, estuvieron penetrando la atmósfera del satélite de Saturno. No le entregaron ningún traje protector. Simplemente se abrió la escotilla de la nave y el mecánico sudamericano se encontró dando saltitos por las planicies de ese mundo fascinante. Saturno, como un gigante benefactor, dominaba el espectáculo del cielo. Giménez se observó a sí mismo: vestía camisa, pantalón corto y un par de sandalias. Así había subido a la terraza del edificio en otra noche de insomnio. ¿Qué lo protegía de la radiación solar, de la falta de oxígeno, de las temperaturas extremas del satélite? Qué importaba. Estaba haciendo realidad su ilusión de conocer Titán en persona.

Despertó echado sobre su cama de soltero. Se convenció de que había tenido un sueño muy vívido, y se prometió no contarle a nadie lo que había pasado. No era la primera vez que soñaba estar habitando esa única fotografía conocida sobre aquel mundo. (Sin embargo, durante el día sintió un dolor en su muñeca derecha, se observó con detenimiento y notó que algo le había raspado la piel).



Un ramillete de cuentos sobresalientes sobre temas relacionados con la cartografía, la astronomía, la sismología y técnicas relacionadas, escrito por autores aficionados, pero con el interés y la solvencia de escritores profesionales. Una excusa más para dejar que la imaginación explore las conexiones y relaciones entre vida, literatura y cartografía. Porque no solo de mapas vive el ser humano.

Madrid, a 5 de junio de 2019
Antonio F. Rodríguez
Presidente del jurado